

# SERGIO BUFANO

## Una bala para el comisario Valtierra



Lectulandia

El comisario Valtierra, porteño nostálgico y tanguero, es jefe de la Sección Política de la policía de Buenos Aires y tiene las manos manchadas de sangre. Por todas las torturas y los asesinatos en los que ha participado, un grupo revolucionario lo ha condenado a muerte y deberá ser ajusticiado para vengar a sus camaradas. Entre los miembros de la organización se encuentra El Inglesito, un universitario idealista de provincias que, por primera vez, se verá implicado en una ejecución.

Su decisión revolucionaria tropieza sin embargo con sus escrúpulos personales, con sus miedos y con la incertidumbre ante la opción de matar a un hombre. *Una bala para el comisario Valtierra* es una novela policíaca, política y, al mismo tiempo, éticamente inquietante. Una profunda reflexión acerca de la justicia, el perdón, la culpa, el castigo y todo lo que padeció la nación argentina a lo largo del turbulento siglo xx.

**Lectulandia**

Sergio Bufano

# **Una bala para el comisario Valtierra**

ePub r1.1

Ledo 13.10.14

Título original: *Una bala para el comisario Valtierra*  
Sergio Bufano, 2012

Editor digital: Ledo

Corrección de erratas: IbnKhalidun  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## EN MATADEROS

El ruido de los dados agitados dentro del cubilete y el sonido seco cuando golpeaban y rodaban sobre la mesa de madera se repetía entre sorbos de *whisky*. Valtierra miró el resultado y sonrió ante los tres ases y el par de cincos.

—Hoy anda con mucha suerte.

—Es por el frío —contestó mientras le pasaba los dados a su compañero de juego—. Cuando hace frío todo me sale bien.

Llevaban una hora jugando a la generala y de tanto en tanto se estremecían por el frío que se colaba cada vez que un cliente abría la puerta para entrar o salir del bar. Si el viento cambiaba de rumbo y soplabla hacia el norte, unas pocas gotas, casi rocío, alcanzaban a colarse en ese breve instante del vaivén.

Bebió otro trago y levantó la mirada hacia la ventana; los vidrios empañados apenas dejaban adivinar las siluetas de la gente que se apresuraba, envuelta en bufandas y sobretodos, para buscar un refugio. La llovizna congelada caía despacio, suspendida casi en el aire, descubriendo la cara helada y húmeda de un invierno que ese año se había presentado excesivamente riguroso en Buenos Aires. Eran las doce del mediodía y el bar Mickey de la calle Sarmiento, a pocos metros de Callao, se enturbiaba con el humo de los cigarrillos y las frituras de la cocina. En el sitio no cabía más que un estaño y una docena de mesas, ocupadas por hombres que se refugiaban, sin emoción alguna, de un clima que había decidido castigar al mundo. Algunos comían milanesas que desbordaban el plato, cubiertas por huevos fritos en un aceite de tan dudosa vigencia que ya ni fuerzas tenía para repartir su aroma. El lugar reproducía los mismos sonidos y los mismos gestos de todos los días; voces altas, risas, y un mozo que ordenaba nuevas milanesas mientras el lavaplatos, detrás del mostrador, se esforzaba con el agua y el jabón y lanzaba la loza a una pila que amenazaba con caerse.

—¿Jugamos otro? —inquirió el perdedor.

—No, prefiero comer algo. Tengo que ir a la oficina y seguramente no saldré hasta la noche.

Valtierra se levantó y fue hasta el mostrador.

—Un especial de lomito y otro *whisky* sin hielo.

Miró a la mujer que estaba a su lado y bajó la vista hasta las piernas cruzadas; la falda se abría más arriba de las rodillas y supuso que esos muslos que mostraba generosamente debían de tener frío. Vestía un saco negro que cubría un suéter también negro; una pollera corta y botas hasta la rodilla completaban un vestuario quizá demasiado elegante para un sitio como el Mickey. Pero a los comensales no les importaba, ya la habían mirado al entrar y ahora se dedicaban, indiferentes a su presencia, a satisfacer su estómago hambriento.

Comió despacio, masticando lentamente y jugando con las miguitas que se desprendían del pan y caían sobre el mostrador. Alto, corpulento, pelo negro y abundante, vestía siempre el mismo traje de color indefinido; saco ancho y gastado, pantalones demasiado largos que se arrugaban al chocar con sus zapatos negros comprados en la mutual policial. La corbata siempre anudada de prisa colgaba por encima de una camisa de cuello antiguo, también de la mutual.

Echó una nueva mirada a las piernas y observó el libro depositado en su falda: parecía un texto de psicología. Subió la mirada hasta su rostro y trató de adivinar si debajo de esos ojos negros y de esas ropas caras se escondía una bolchevique. Y descartó rápidamente la sospecha. Demasiado elegante y bien pintada para ser comunista. Entonces cerró los párpados, la desnudó, la puso boca abajo y se entretuvo mientras terminaba su lomito y el último *whisky*.

Miró el reloj y las agujas le recordaron que tenía que ir al Departamento. El programa de esa tarde consistiría en revisar archivos, detenerse una y otra vez sobre un par de fotos, y acabar con los pies congelados mientras tomaba el café aguado de la oficina en vasos de plástico. Iba a ser una tarde tediosa dedicada a revisar prontuarios y rostros de frente y de perfil con fondo blanco. No eran esos los días predilectos de Valtierra. Cuando se enterraba en el trabajo de escribir un malhumor comenzaba a descender desde la cabeza hasta sus zapatos y todo el cuerpo hormigueaba presuroso por salir a la calle. Hoy hubiera preferido ir a su casa a ver una serie en la televisión y comer una pizza acostado en el sofá; o meterse en un cine donde una película de acción le garantizara un par de horas de placer. Cualquier programa era mejor que ensuciarse los dedos manoseando archivos polvorientos y memorizando nombres de judíos salvadores de la patria.

Mejor la calle que esa oficina gris. No importaba el frío o la lluvia, prefería el aire libre, siempre la calle, un vicio adquirido desde joven. En el Departamento observaba a sus colegas burocratizados, sentados en sillas metálicas que se mimetizaban con sus cuerpos y los modelaban como prótesis de acero. Su labor consistía en poner sellos en papeles amarillentos y hurgar en carpetas todavía más gastadas que guardaban toda la memoria y el polvo del país; allí se conservaba la historia de todos los vivos. Y también de los muertos. Cuando los miraba ensimismados en ese trabajo miserable los despreciaba. Sabía que jamás podría tolerar esa rutina. Hoy, resignadamente y en silencio, lo haría. También mañana, pero luego volvería a la calle hasta que el cuerpo indicara que había llegado el momento, entonces se jubilaría. Pero en la calle y no en una mesa de oficinista, con los dedos sucios de tinta.

La mujer sentada en la barra llamó al encargado y preparó sus cosas para levantarse. Era un buen ejemplar y no llevaba corpiño. Creyó que lo miraba a través del espejo ubicado detrás del mostrador, pero al girar la cabeza ella contaba el dinero para pagar, indiferente a lo que ocurría a su alrededor. La vio caminar hacia la salida

y la siguió con la mirada. Era alta, con buenas ancas, un poco despectiva, y con cierto parecido a Dorita. Desapareció detrás de la puerta y en la calle, mientras trataba de cubrirse bajo el paraguas recién abierto, casi choca con dos de sus muchachos. Venían mojados, apurados, y en sus caras se leían buenas noticias.

—La encontraron —dijeron casi al mismo tiempo.

Sabía a qué se referían. Permaneció unos segundos en silencio.

—¿Cuándo?

—Hace media hora. Avisaron por radio.

—¿En qué barrio?

—En Mataderos.

El comisario los miró y se sacó el palillo de los dientes. En Mataderos. Qué curioso, en Mataderos. Un minuto antes la tarde prometía una oficina aburrida, y ahora, segundos después, iba a dirigirse a un barrio que conocía bien, un barrio querido y caminado desde siempre. Ni prontuarios, ni encierros. Los muchachos le traían de regalo un magnífico programa para el resto del día. Un trabajo que sacudiría la modorra de la siesta y el aburrimiento del día lluvioso.

No respondió inmediatamente. Durante un buen rato pensó en los detalles que iba a necesitar para lo que se avecinaba. Mientras lo hacía, su mirada quedó clavada en el techo y las manos buscaron en sus bolsillos, sin éxito, el paquete de cigarrillos. Los dos subordinados esperaron en silencio.

—Que sean veinte hombres. Los elegís vos —dijo señalando al más entusiasmado con un gesto que exigía responsabilidad—. Armamento adicional y no más de seis autos.

—Sí, señor.

—Tienen media hora para preparar todo, juntar a la gente y pasar a buscarme por aquí.

Los dos hombres giraron y casi corrieron hacia la puerta cuando Valtierra los detuvo y los obligó a regresar.

Bajó la voz y dijo casi en susurro:

—No quiero patrulleros ni personal uniformado.

Desde el mostrador vio a sus muchachos sumergiéndose en el frío y la lluvia. Son buenos tipos, pensó, jovencitos, a veces un poco atolondrados, pero buenos tipos. Ordenó otro trago y calculó si tenía la ropa adecuada. El de hoy sería un día largo y probablemente la noche se extendería hasta la madrugada. Si nos acompaña la suerte, pensó, podemos tener una buena cosecha. Pero nos vamos a empapar.

Se levantó y caminó con su vaso hasta la mesa donde estaba su amigo.

—Tengo media hora para jugar un dominó, ¿acepta?

—¡Por supuesto! ¿Qué le pasa, está contento?

—Sí, me parece que este va a ser un buen día. Pero no me distraiga porque quiero

ganarle.

## LA LLUVIA NOS AYUDA

Mientras tomaba su café, el Inglesito trató de establecer la diferencia entre el frío y el miedo. Cada tanto le asaltaba un brusco temblor que disimulaba apretando los codos sobre la mesa o cruzando los brazos sobre el pecho. Lo presentía, lo veía avanzar desde el fondo de su cuerpo segundos antes de que el escalofrío estallara, probablemente nacido desde un estómago que se resistía a beber el café que esperaba dentro de un pocillo en la mesa de formica. Con una certeza implacable, sentía que se aproximaba la sacudida y se preparaba para recibirla tratando de evitar que la gente advirtiera el espasmo. Nacía en algún lugar desconocido y se extendía como la raíz de un árbol desbocado que busca afirmar su cuerpo en la tierra. El calambre subía hacia las piernas y los brazos sin endurecer los músculos ni producir dolor. Temblaba. El cuerpo se estremecía apenas un segundo y él procuraba dominarlo aspirando hondo, tan hondo que los pulmones parecían quejarse por el dilatado estiramiento de los tejidos. Luego dejaba escapar el aire lentamente con los ojos siempre atentos para controlar el entorno. Tomaba más café para que el calor le quitara el frío, porque tenía que ser el frío y no el miedo lo que castigaba su cuerpo. Pero solo conseguía aumentar la sensación de náusea que desde una semana atrás merodeaba su estómago, inflamándole el pecho. Es miedo, pensó. Debo confesármelo porque esa será la única manera de dominar y controlar sus efectos. Hay que conocerse a uno mismo. Pero este clima no me ayuda y la ropa tampoco. Miró a través de la ventana y se convenció de que todo el mundo estaba tiritando de frío, y que era el frío lo que le obligaba a tiritar a él. Compartir con el mundo esa sensación le produjo unos minutos de alivio. Demasiado escasos para sus deseos. Si tuviera un sobretodo quizá no sufriría tanto el miedo. Afuera, la gente que esperaba el colectivo se refugiaba contra las paredes para evitar el viento y luchaba con los paraguas que, con un solo golpe de aire, invertían su figura de hongo para transformarse en recipientes que miraban al cielo. Si fuera verano no estaría tiritando como un infeliz. En verano todo es mejor porque el viento cálido y el sol hacen que sea más fácil dominar el cuerpo, se convenció en el preciso instante en que un nuevo calambre comenzó a gestarse allí abajo, en el estómago, o mejor dicho en el pecho, no estaba muy seguro, preludio de un escalofrío general. Se afirmó otra vez en la mesa con los codos, apretó una mano contra la otra, aspiró aire y esperó la sacudida. Estoy muerto de miedo.

—Estás pálido —dijo Berta cuando se sentó junto a él—. Te noto un poco pálido...

—Estoy muerto de frío.

—Sí, el tiempo está horrible. Pero a nosotros nos ayuda, hay poca gente en la calle. Espero que dure hasta mañana... cuanta más lluvia, mejor.

Pidió un café y miró a su alrededor, distraídamente. Luego dejó las llaves sobre la

mesa y esperó a que el mozo se fuera.

—El coche está estacionado en Canning, a veinte metros. La chapa termina en 320 y es azul. ¿Querés creer que no sé qué marca es porque nunca supe de autos? De todos modos no te podés equivocar. Debajo del asiento vas a encontrar un paquete. No cometas infracciones, andá con cuidado y no estaciones cerca de tu casa; dejalo a dos o tres cuadras.

Se tomó el café con rapidez, casi indiferente a la presencia de la gente, aunque en los ojos, quien la conociera, habría advertido un brillo fugaz que denotaba saber qué ocurría a su alrededor. Los ruidos, las conversaciones, la gente que entraba y salía, los pedidos del mozo, el estrépito de los platos al chocar unos con otros en la cocina. Un brillo de atención que pocos, solo los muy amigos, podían percibir. Vestía una falda corta, elegante, el paraguas tenía el mismo color que el piloto que todavía tenía puesto, un pañuelo azul que parecía de seda rodeaba su cuello y estaba maquillada con suficiente discreción como para que no se advirtiera. Todos decían que era linda y si bien el Inglesito no acostumbraba a hablar sobre la belleza o fealdad de sus compañeras, reconocía en Berta a un hermoso ejemplar de mujer. Una belleza distante, es cierto, porque sabía mantener a los varones, fueran subordinados o jefes, fuera de la línea imaginaria que trazaba a su alrededor para evitar malos entendidos.

—Me voy. Todavía tengo mucho para hacer.

El Inglesito trató de disimular su frustración; tenía deseos de conversar y había llegado a la cita con la vehemente ilusión de pasar un largo rato junto a Berta. Necesitaba conversar con ella porque tenía la secreta esperanza de que esa muchacha podría transmitirle la confianza que demostraba en todos sus actos y que él anhelaba en ese momento. El beso que acababa de darle en la mejilla era una prueba. Infundía fuerza y seguridad al apoyar sus labios, lo hacía con la mirada, con el gesto de sus manos; toda ella irradiaba un control sobre su cuerpo y una certeza en sus convicciones que resultaba contagiosa y que varios compañeros le envidiaban. Berta era casi eléctrica en sus movimientos y los ojos poseían el rigor verdadero, no fingido, de aquel que sabe lo que hace. Ella hubiera sido la persona ideal, seguramente la única, para conversar una hora frente a esas tazas de café y luego, más tarde, en algún restaurante que infundiera valor con ese remedio tan eficaz que es la comida y el vino. ¿Con quién podría hablar de su miedo y de las dudas acerca de su propia capacidad para participar en ese acto que hoy atormentaba a su estómago? Desde una semana atrás tenía la cabeza ocupada completamente en lo que habría de ocurrir mañana, sin poder despejar su mente siquiera un instante, un instante que le procurara una paz efímera, pero paz al fin.

Por la tarde se encontraría con Roberto para ajustar algunos detalles. Pero Roberto era otra cosa, un hombre de pocas palabras; el «oso iletrado», como lo llamaban en el grupo y sin duda el mejor apodo que hubieran podido imaginar.

¿Acerca de qué conversaría con él salvo aspectos técnicos que tendrían que ver con la disciplina, el comportamiento, la necesaria serenidad y la obediencia? Roberto era un profesional, un guerrero medieval, aunque en algunas ocasiones disimulara su verdadera vocación con cierta retórica que convocaba a la conciencia, al pueblo y otros escasos conceptos aprendidos en manuales.

Berta era la contracara. Inteligente y sensible, caminaba por el mundo con la seguridad de hacer lo correcto. Los años en la universidad y la militancia estudiantil en el centro de su facultad la habían destacado como una dirigente creíble, arremetadora y justa con sus compañeros. Era hábil para manejar grupos y poseía la cualidad de saber escuchar, sin perder ni un solo detalle, las ingenuas o a veces presuntuosas preguntas y discrepancias de algunos de los jóvenes que entraban vírgenes a las agrupaciones universitarias. Siempre al frente de grupos estudiantiles, ocupaba ahora un cargo jerárquico en la organización y aunque el tono autoritario aparecía en su voz rápidamente si de imponer orden se trataba, también podía ser maternal y comprensiva con aquellos que se estaban fogueando en las listas que disputaban la dirección del centro de estudiantes. Les dedicaba todo el tiempo necesario para darles consejos y educarlos en el difícil arte de la negociación, pero era severa e impenetrable cuando no se cumplían sus órdenes.

El Inglesito lamentó su partida; en los escasos minutos compartidos, los escalofríos habían desaparecido milagrosamente y su cuerpo estaba en paz. Hasta el sabor del tercer café le pareció más agradable. En los próximos minutos, se dijo, cuando nos separemos, comprobaré si esta relativa serenidad solo fue el fugaz contagio de su personalidad.

Más tarde, pocas horas después, se recriminó no haber insistido con mayor energía para hablar durante un par de horas. Cualquier sitio hubiera sido adecuado, aun ese bar en el que se habían encontrado, lleno de gente que fumaba y hablaba en voz alta con la prepotencia que el Inglesito atribuía a la sociedad argentina. Es muy probable que Berta hubiera cancelado sus obligaciones para dedicarse a él y, con su voz, despojarlo de sus dudas, alimentarle la fe y demostrarle que la vida solo valía ser vivida si uno afrontaba las dificultades con coraje y pasión.

Esas dos palabras, a las que ella agregaba Conocimiento, y repetía, conocimiento con C mayúscula, formaban el trípode en el que se asentaba Berta. Era el cimiento de su conducta cotidiana.

La acompañó hasta la puerta y esperó a que ella subiera a un taxi. Luego caminó por la vereda indicada de Canning, tratando de pegarse a las paredes para protegerse, ilusamente, de la lluvia que ahora caía casi horizontalmente desplazada por el vendaval. El automóvil estaba en el lugar indicado. Era un nuevo modelo de Peugeot azul. Se sentó frente al volante y comprobó la documentación, que estaba detrás del parasol, memorizó los datos particulares del que figuraba como propietario y

descubrió, tocando con las puntas de sus dedos, el paquete muy prolijo — seguramente hecho por ella— que asomaba por debajo del asiento. Puso en marcha el motor y condujo por calles secundarias sin dejar de mirar de tanto en tanto por el espejo retrovisor.

El limpiaparabrisas bailaba delante de sus ojos y las ráfagas de viento se oían al golpear contra el auto en un vano intento de desviar su recorrido. Los diarios y los noticieros de televisión anunciaban la caída de árboles y peligrosas inundaciones en algunas zonas de la Capital Federal. Prendió la radio y escuchó cuando el locutor, con voz grave y preocupada, informaba de que desde hacía muchos años no se producía una tormenta tan severa y sobre todo, prolongada. Había numerosos damnificados y las autoridades estaban enviando equipos de rescate a los vecinos que veían avanzar el agua dentro de sus casas. El tornado llevaba ya varios días de duración y el pronóstico para la semana anunciaba la continuación de la lluvia y el viento.

El Inglesito escuchaba la radio pero su pensamiento estaba lejos de esa catástrofe ciudadana. Las fantasías que rondaban su cabeza eran ajenas a la tormenta. Si me enfermara, si hoy tuviera fiebre, si una repentina temperatura aumentara hasta cuarenta grados y no pudiera levantarme de la cama, si eso ocurriera en las próximas horas, tendrían que sustituirme; sería inadmisibles postergar un hecho tan importante porque uno de los participantes se enferma. Habría que buscar a otro, alguien que pudiera integrarse rápidamente en el equipo, alguien que tuviera mucha calle y facilidad de adaptación al grupo. En la vida, a veces, suceden esas cosas. Es el azar, la casualidad, episodios imprevistos que obligan a realizar cambios sobre la marcha. ¿Cuántas veces grandes proyectos se han desmoronado por causas fútiles que ni siquiera la más prolija organización no contemplaba? Cuestiones insignificantes pueden hacer zozobrar empresas humanas rigurosamente planificadas. Y en este caso particular ni siquiera sería necesario suspender nada. Las cosas podrían hacerse igual porque su presencia, lo sabía muy bien, era accesorio. Podía estar o podía no estar, daba lo mismo. Sobraban, además, los candidatos; más de uno se moría de ganas de estar en su puesto y poder protagonizar la escena que a él le producía escalofríos. ¿Por qué no darle a algún voluntario, se preguntaba, la posibilidad de hacerlo si hay gente con más disposición que otra para ciertas tareas? ¿Por qué no alentarla y formar buenos profesionales? Incentivar aquellas predisposiciones naturales de las personas hacia algunas actividades era parte de la vida. Así se forjaba la personalidad, el carácter de los hombres y las mujeres. En todas las disciplinas académicas, en los oficios más complicados o en los más sencillos, hay gente que se destaca sobre otra y darle la oportunidad de lucirse es moneda corriente.

Llegado a esa conclusión que nadie podía rebatir, se detenía. Se sabía incapaz de manifestar públicamente ese pensamiento porque conocía el resultado, se reirían, le señalarían desviaciones ideológicas. Lo mirarían con desprecio algunos, con

conmiseración otros. Cruzarían sus miradas entre ellos y hasta podía imaginar un gesto de impaciencia. Pero buscaba argumentos, recovecos de la razón, réplicas pronunciadas ante sus compañeros para recapacitar sobre las condiciones naturales que demostraban algunos cuando se trataba de realizar algo importante, algo trascendente que impactaría en la opinión pública. Si esta tarde, cuando Roberto llegara a su casa, simulara sentirse mal, muy mal, con fiebre que no cede, con articulaciones doloridas, sin esos reflejos tan vitales para la supervivencia... El Inglesito imaginó su cuerpo postrado en la cama y vio el rostro preocupado de Roberto opinando que en esas condiciones era imposible su participación y que esa misma noche habría que encontrar a alguien para reemplazarlo. Detrás del limpiaparabrisas, que apenas alcanzaba a barrer el agua de la lluvia, vio a Roberto acercarse a su cama y escuchó su voz, diciéndole paternalmente: no te preocupes, otra vez te tocará a vos, yo salgo para conectarme con Berta y buscar un suplente. Mañana, cuando terminemos, vengo a visitarte y te cuento cómo nos fue.

La imagen lo acompañó durante varias cuadras y se fue esfumando junto con la aparición de una certeza: nunca podría hacerlo. La fiebre no iba a llegar porque él la convocara ni Roberto sería tan complaciente con su enfermedad. Lo siento, pero a pesar de todo vas a tener que participar. Ya no hay tiempo para buscar un recambio y además es hora de que entres en acción; mañana antes de salir dos aspirinas te van a reconfortar y te sentirás bien. Y no te preocupes porque yo voy a estar a tu lado para cualquier imprevisto que surja.

No hay excusa posible, no se puede cambiar el rumbo de las cosas, se dijo el Inglesito mientras estacionaba el coche, controlaba que todas las puertas estuvieran bien aseguradas y comenzaba a caminar las tres cuadras que lo separaban de su casa. Resignado a los acontecimientos que se producirían, caminó llevando bajo el brazo el pesado paquete que se empapaba con la lluvia.

## DESIREE

Sentado junto al conductor en el primer vehículo, Valtierra volteó la cabeza hacia atrás y controló a los cinco automóviles que lo seguían. La caravana circulaba por las calles sin que los porteños advirtieran su paso. Los vecinos estaban demasiado ocupados en protegerse del frío para detener su mirada en esa curiosa hilera de coches que avanzaba sin apuro hacia su destino. El comisario advirtió que sus muchachos estaban entusiasmados y se sintió satisfecho. Era un buen grupo el que había entrenado y estaba orgulloso de la actitud y disposición para el trabajo. Prendió la radio en el preciso instante en que Alberto Marino comenzaba a cantar *Farolito de papel*.

No hay duda, se dijo, este es un día de suerte.

Avanzaron por la calle Sarmiento y antes de llegar a plaza Once se desviaron hacia Rivadavia; más adelante buscarían la avenida del Trabajo hasta encontrar a los técnicos que esperaban en el camión. Prendió un cigarrillo y se dejó llevar, repitiendo mentalmente la letra del tango.

Al llegar a Rivadavia y Sánchez de Bustamante los detuvo el semáforo. Con la mano limpió el cristal empañado y a través de la lluvia reconoció el cartel desteñido por el tiempo en el que todavía podía leerse «Desiree». En esa esquina, pocos años antes, había funcionado un local bailable en donde las parejas se apretaban en la penumbra.

El recuerdo de Dorita apareció nuevamente. ¿Otra vez?, se preguntó. Le pareció curiosa la reiteración de ese nombre luego de tantos meses de clausura a la que había sometido a su memoria. La tentación de llamarla al día siguiente por teléfono jugó durante unos minutos en sus pensamientos, pero rápidamente prefirió desdeñarla. No. Es mejor que no. Esas cosas nunca se sabe cómo terminan. Y quizá no terminan nunca.

Cinco años antes, durante la madrugada de un sábado, había entrado en ese boliche al frente del personal antidrogas. Bloquearon la puerta de salida y prendieron las luces por sorpresa. Detuvieron a todos, separaron a hombres de mujeres y comenzaron a revisar los bolsillos, las carteras, los cajones del mostrador, los baños, todo el local fue inspeccionado minuciosamente. Entre los asistentes Valtierra observó a una mujer que lucía un vestido negro, corto y elegante; sus ojos reflejaban pánico, aterrada por los policías que daban órdenes bruscamente. Adivinó que era ajena a cualquier delito, pero se ensañó con ella. La separó del grupo y la interrogó durante una hora aun convencido de su inocencia. No pertenecía al mundo de la droga, ni siquiera de la noche. Había acompañado a una amiga que iba con su novio y ahora estaba desesperada porque se encontraba metida en un lío. Valtierra se empeñó en preguntarle cada uno de los detalles de su vida, exigió que le relatara

minuciosamente todos sus horarios de trabajo, la casa de sus padres, las amistades. Puso cara de desconfiado y la hizo llorar sin conmovirse. Le miró el cuerpo mientras ella tapaba su cara y se convenció de que era demasiado linda para dejarla ir. Tenía el atractivo que las mujeres alcanzan a los cuarenta años, distantes de pudores y caprichos juveniles.

Satisfecho de su interrogatorio, la sacó del local y en vez de llevarla a la seccional policial, la dejó en la puerta de su casa. Durante el trayecto le habló serenamente para tranquilizarla, trató de hacerla reír y finalmente le sugirió que se retocara la pintura del rostro porque las lágrimas se la habían corrido. Para no asustar a sus padres.

Esperó a que entrara en su casa y antes anotó el número de teléfono para comprobar al día siguiente, según le dijo, que todo estaba bien. Luego regresó a la seccional y allí interrogó durante toda la noche a los detenidos en el operativo. Había un rubio que le resultaba antipático y con él se ensañó hasta la madrugada. Le repitió las mismas preguntas cien veces, le pegó una cachetada, le revisó los brazos para comprobar si se había inyectado y esperó impaciente hasta la mañana para conseguir una orden judicial de allanamiento. Cuando revisaron su departamento encontraron varios saquitos de cocaína escondidos en el fondo de un placard. Volvió entonces a la celda y le pegó dos trompadas que lo derribaron al suelo; cuando se aprestaba a pegarle otras dos, lo impidieron dos agentes que le sacaron al detenido de las manos. Además de la tenencia de drogas para la comercialización, el preso fue acusado de resistencia a la autoridad y lesiones a un agente del orden.

Cumplida su labor, Valtierra fue a su casa a almorzar y dormir la siesta. Aunque estaba acostumbrado, la madrugada en vela había terminado por cansarlo.

Al día siguiente llamó a Dorita y con la excusa de averiguar su estado emocional la invitó a cenar. No puedo, dijo ella, y en su voz advirtió cierto rencor por el susto de la noche anterior. Recurrió entonces a todos sus argumentos y le pidió disculpas por la rudeza del trato. Le explicó que la vida de un policía es difícil porque debe enfrentarse a toda clase de delincuentes. Le dijo que a veces se equivocaba, pero que siempre estaba dispuesto a reconocer su error y precisamente por eso la llamaba, para demostrarle que la policía está al servicio del ciudadano. Le contó sobre el terrible flagelo que significan las drogas y la reprendió, suavemente, por concurrir a un local en donde era frecuente la asistencia de pasadores. Afortunadamente, insistió, gracias a nuestra labor hemos encontrado a un proveedor y secuestramos polvo en su casa; ya ve, aunque usted esté enojada por mi actitud, hemos salvado a la sociedad de otro delincuente.

Después de media hora de explicaciones y nuevas disculpas telefónicas logró arrancarle una cita y se comprometió a buscarla en su casa. Esa noche, con el traje azul que pocas veces descolgaba del ropero, Valtierra se presentó ante sus padres y todos quedaron encantados; un hombre formal, respetuoso, que prometió arreglarles

rápidamente el trámite para reponer una cédula de identidad perdida. Solicitó permiso a los ancianos para llevar a Dorita al cine y se fueron juntos como una pareja dominguera. Después cenaron en un buen restaurante y conversaron sobre la vida del comisario. Ahora le toca a usted responder a mis preguntas, dijo Dorita.

Tratando de evitar algunos detalles, Valtierra narró, por primera vez, buena parte de su vida; la muerte de su padre y su hermano, el trabajo de policía, los cuidados que prodigaba a su madre y las costumbres de un hombre que está solo y al que le gusta la calle. Cierta encanto que irradiaba Dorita le permitió confiarse y descargar palabras que pocas veces pronunciaba. A decir verdad, que nunca pronunciaba. Reservado, casi hosco, el comisario inspiraba confianza entre sus hombres y eran ellos quienes se confesaban ante su figura severa y paternal. En esas ocasiones sus subordinados esperaban una palabra, quizá un gesto, que les daría la solución a sus íntimos conflictos. En los bares, particularmente de madrugada, cuando mataban el tiempo con unas copas, truco y una partida de billar, alguno de los muchachos se acercaba y le pedía un consejo, alguna ayuda que disipara sus dudas. Y siempre lo encontraban dispuesto, benévolo, también sabio cuando se trataba de cosas de la vida. Nunca, en cambio, le escucharon hablar de su propia vida, de su familia, ni siquiera de su madre, que lo esperaba todas las mañanas para desayunar juntos.

Para quienes no lo conocían, Valtierra era una persona desagradable, áspera, de pocas palabras, escondida detrás de esa cortina metálica que era su rostro y en donde los ojos mostraban su poca paciencia. Aun en situaciones feas, cuando, boca abajo en el barro esperaba que algún loco gastara todos los proyectiles del arma, el rostro permanecía intacto, sin muecas que delataran miedo, fervor o un leve entusiasmo.

En ese primer encuentro, Dorita despertó en él un sentimiento desconocido que le permitió abrir una pequeña compuerta. Valtierra sintió que podía confiarse, con las reservas del caso debido a su condición de mujer, sin temor a sentirse descubierto ni arrepentirse más tarde. Ella ya no era una chiquilina y tampoco tenía el rictus que invariablemente cruza la cara de las solteronas. Era una mujer adulta, de su casa, cuidadosa con sus padres y con ese particular espíritu paciente que se adquiere con los años. Dorita sabía escuchar y guardar las cosas que escuchaba. Mientras Valtierra hablaba, entre cigarrillos, *whisky* y gestos muy medidos, ella permaneció en silencio con todos los sentidos puestos en cada frase, analizando una tras otra las palabras del comisario. Seria, absorta, dejó que ese hombre de aspecto tosco conversara sobre su vida. Tuvo la intuición, sospechó, que esa era la primera vez que lo hacía. Y no se equivocaba.

Comenzaron a frecuentarse. Los sábados iban al cine y luego a comer a pequeños restaurantes que trataban de descubrir al azar, en un juego de albures nocturnos. En pocos meses la relación comenzó a formalizarse y Valtierra se encontró un día visitando la casa todos los miércoles y cenando junto con los padres. Se sentía

sorprendido y también curioso porque era la primera vez en su vida que actuaba como un novio después de tantos años visitando prostíbulos y acostándose con mujeres de las que no recordaba ni el nombre ni el color del pelo. Lo curioso era, precisamente, que se sentía cómodo y bien dispuesto a conversar en esas cenas familiares. Dorita se esmeraba en preparar buenos platos y él llegaba invariablemente con una botella de buen vino. Luego del coñac, los padres se retiraban para ver la televisión y la pareja se quedaba charlando en la sala.

Besos furtivos y caricias respetuosas fueron convenciendo a Valtierra de que esta vez la cosa venía en serio y que a pesar de tener ya sus años estaba viviendo un romance adolescente.

—Tome, jefe —interrumpió uno de sus muchachos mientras pasaba una ametralladora por encima del respaldo del asiento.

—No, ahora no, después —dijo, y regresó al silencio mientras miraba por la ventanilla del automóvil. La lluvia se había detenido pero las nubes estaban tan negras y bajas que no anunciaban nada bueno.

La mañana en que decidió llevarla a la casa de su madre era precisamente una mañana de domingo muy fría. La ayudó a sacarse el tapado de piel mientras la vieja simulaba indiferencia para esconder su alegría y ponía sobre la mesita del comedor los vasos del vermut, las aceitunas y las rodajas de chorizo colorado.

—Esta es Dorita, mamá —había dicho Valtierra como si alguna vez le hubiera hablado de esa mujer. Y a la madre le brillaron los ojos mientras la observaba de pies a cabeza con gesto de aprobación.

Valtierra se sintió a gusto cuando advirtió que entre ellas se establecía un lazo espontáneo de simpatía y también de complicidad. Bebieron el copetín y luego Dorita ayudó a la anciana a poner la mesa, elegir el mantel y servir los acostumbrados raviolos del fin de semana. Y después de comer fueron a conversar al dormitorio, dejando solo a Valtierra para que durmiera la siesta en el sofá del comedor.

Al comisario siempre le había preocupado la situación de su madre y en varias ocasiones sugirió la conveniencia de vivir juntos, pero ¿cómo convencerla? Cada uno tiene sus gustos y yo tengo los míos, repetía ella. Prefería vivir sola, ocuparse de que su casa estuviera bien arreglada, salir por las tardes a mirar las vidrieras de los comercios del barrio; le entusiasmaba ir al supermercado y elegir cuidadosamente las verduras y frutas que luego comería sentada en la cocina para no ensuciar el comedor.

Y en realidad, para qué engañarse, él no había insistido con demasiada convicción. En sus adentros prefería vivir solo en su departamento y estar tranquilo, ver la televisión en calzoncillos, tomar una cerveza en verano o un *whisky* en las noches de invierno. Además, no eran buenos tiempos para compartir con una anciana. Desde el traslado a Seguridad Política las cosas habían cambiado para mal y prefería no arriesgar a su madre inútilmente. Ya llevaba varios años con esos niños bien que

jugaban a la guerra y despreciaban la vida de los ciudadanos.

Y allí estaba la vieja, con sus ochenta años, arrugada, encorvada pero siempre activa. Había sobrevivido a su marido y a su otro hijo, había sobrevivido a toda la familia y ahora quedaban ellos dos, únicos en el mundo. Por esa razón se sintió feliz cuando advirtió que la anciana simpatizaba con Dorita; hasta se emocionó cuando la madre le obligó a prometer que a partir de ese momento vendrían todos los domingos al mediodía a comer ravioles con estofado.

Llegaban a las diez de la mañana con algunos quesos comprados por Valtierra, que se ocupaba de preparar el aperitivo. Dorita llevaba postres que hacía con sus propias manos, y luego de comer él dormía la siesta mientras las mujeres conversaban y lavaban los platos.

Una noche Dorita decidió dormir en la casa de la madre del comisario. El sábado, luego del cine, fueron a cenar con la Vieja, que había transformado el cuarto de planchar en un hermoso dormitorio para su nueva hija, como le gustaba llamarla. Después de comer, las mujeres fueron a dormir y él se quedó mirando una serie de televisión. Luego se acostó en el sillón y allí permaneció hasta escuchar los ronquidos de su madre.

Se levantó en puntas de pie y entró en el cuarto de Dorita. Cubierta con un camisón, ella se dejó acariciar el cabello y no se resistió cuando las manos de Valtierra bajaron hasta sus pechos y recorrieron los muslos. En voz baja, pegado a su oído, el comisario le dijo que la quería, y que la quería bien. Cuando ella levantó las sábanas para hacerle un lugar en la cama, él detuvo sus caricias, le dio un beso en la frente, regresó a su sillón en silencio y se quedó dormido.

## BARRACAS

Desde el traslado de Córdoba a Buenos Aires, el Inglesito vivía solo en un departamento que le habían asignado provisoriamente. Ubicado en el barrio de Barracas, a pocas cuadras del Riachuelo, cuando el viento soplaba desde el sur el aire se impregnaba del dulzón olor a sopa. Un segundo piso al que se accedía por escalera, dos pequeños ambientes, una diminuta cocina y un baño en el que apenas cabía parado eran refugio suficiente para sus necesidades. Desde Córdoba había traído unos pocos libros, su ropa y nada más. Las fotos familiares, los afiches que poblaban su habitación, los cuadernos de la facultad, todo había quedado en su casa paterna. Ni libreta de direcciones, ni cartas, nada que pudiera identificarlo. Ni siquiera los discos de rock.

Su departamento daba al pulmón de manzana y desde la ventana de su dormitorio veía los árboles de un vecino y, a lo lejos, las chimeneas de algunas fábricas. Zona populosa, de casas bajas y calles empedradas, Barracas todavía conservaba el estilo del barrio poblado por inmigrantes. Le sorprendían los antiguos conventillos habitados por numerosas familias, los restos de algunas bibliotecas populares dirigidas por nostálgicos anarquistas, las numerosas imprentas y los trabajadores gráficos que no se separaban de sus botellas de leche. Había observado desde afuera, a través de las ventanas, los bares con mesas marrones, mostradores marrones y parroquianos de aspecto amarronado que bebían café junto con una copa de ginebra.

El cambio desde su barrio cordobés a este sitio había sido brusco. La casona paterna de dos plantas, ubicada en una zona residencial, silenciosa y poblada de luciérnagas durante las noches de verano, pertenecía a otro mundo, un mundo completamente ajeno al que pertenecía ahora. Pero no se quejaba. Barracas le recordaba viejas lecturas en donde los obreros marchaban por las calles para reivindicar sus derechos sociales. Y ahora que vivía allí, en el corazón de una barriada obrera, se sentía un protagonista de aquellas jornadas. Aunque injertado, claro. No se engañaba. Un pequeño burgués caído desde el cielo en paracaídas y depositado en un departamentito modesto, humilde, en el que se escuchaban las peleas de los vecinos, las quejas de las amas de casa y los televisores encendidos durante todo el día. Sonidos novedosos a los que no estaba acostumbrado en su hogar familiar de Alta Córdoba.

El traslado fue decidido por la dirección provincial, que temía que la exposición del Inglesito en asambleas estudiantiles, marchas callejeras, declaraciones y debates públicos pudiera terminar en un secuestro o asesinato. Contribuía, también, la nueva situación familiar después de la ruptura con su padre, un hombre reconocido en los pasillos de Tribunales y con cierta vida pública luego de las candidaturas, siempre frustradas, a diputado provincial en una oportunidad, y diputado nacional más tarde.

Mantener al Inglesito en Córdoba, afirmaban, implicaba riesgos que el partido no deseaba asumir. La decisión no fue sencilla y provocó una dura disputa interna. Los que sostenían que no tenía sentido abandonar un frente tan importante como el estudiantil se negaron rotundamente al traslado. Argumentaban que él se había ganado la dirección del centro y que su partida desarmaría todo el ámbito conquistado en los dos últimos años. Los riesgos, decían, eran los mismos que corría cualquier compañero que actuara en la superficie; bastaba tomar las medidas de seguridad necesarias para garantizar su integridad física. Una vivienda segura y dos militantes que acompañaran a sol y sombra al Inglesito serían suficientes para desanimar cualquier intento de los grupos fascistas y parapoliciales.

Pero fue ese sector el que perdió la votación en la dirección. Y triunfó la línea dura que ansiaba, además, un recambio táctico en el ámbito de la universidad. Si bien reconocido como dirigente, leal militante y buen compañero, el Inglesito no siempre transmitía a las bases las decisiones elaboradas en la dirección partidaria, tal como era de esperar. Nadie habría podido reprocharle nada, porque los resultados estaban a la vista. La adhesión estudiantil era importante, el periódico se distribuía regularmente, el reclutamiento de nuevos miembros se manifestaba en la cantidad de estudiantes que solicitaban su ingreso al partido. Todo estaba muy bien. Pero cierta actitud, que a veces se expresaba en el uso de un lenguaje diferente del establecido, ciertos gestos de excesiva independencia de las órdenes emitidas, crearon un pequeño resquemor, ni siquiera desconfianza, apenas un recelo que se mantenía en silencio porque no había suficientes argumentos que pudieran sustentarlo.

Alguien, o algunos, maliciaban que de seguir tomando vuelo en su papel de dirigente, en algún momento, en un futuro mediato, ese liderazgo podría llegar a estimular una fracción que cuestionaría la línea oficial. Además, el Inglesito nunca había participado en una operación militar y menos podría hacerlo en Córdoba, donde su rostro era conocido en casi todos los ámbitos. Mientras otros camaradas empuñaban las armas y arriesgaban su vida en acciones militares, él permanecía cómodo en la actuación pública.

Todo esto se decía en voz baja y en estrechos círculos, forzando el argumento y produciendo, en quien lo afirmaba, cierta desazón interior. Como si al expresarlo, aun en un susurro, estuviera traicionando al Inglesito, conocido por todos como un compañero inculdicable dedicado íntegramente a la militancia.

Desde la llegada a Buenos Aires, sus hábitos habían cambiado bruscamente. La vida en soledad era un descubrimiento que tenía muchas ventajas, pero que también se hacía sentir emocionalmente. Y en la práctica diaria, porque ahora debía lavar sus camisas, la ropa interior, los pañuelos que pegaba empapados en los mosaicos del baño para evitar el planchado, los pantalones que se resistían a que la raya fuera derecha y pareja. Todo era una novedad que iba descubriendo día tras día. En la

cocina se las arreglaba con bifés de costilla, alguna ensalada, huevos fritos o revueltos. Pocas veces comía en restaurantes, lujo que debía restringir porque la asignación mensual que se le había fijado apenas alcanzaba para llegar a fin de mes.

Durante las primeras semanas, cuando tenía tiempo libre, recorría las librerías de la avenida Corrientes, se metía en un cine de arte y aprovechaba para visitar museos que nunca había conocido. También paseaba por su nuevo barrio, especialmente por las riberas del Riachuelo, en donde podía encontrar todo aquello que había leído en los libros. Los puentes, tantas veces alzados para impedir el paso de los trabajadores que se manifestaban hacia Buenos Aires; los barcos con nombres que evocaban ciudades italianas, españolas o rusas; los astilleros en donde se reparaban gigantescas naves que pronto volverían al mar luego de atravesar la desembocadura al Río de la Plata.

Los galpones donde se herrumbraban hélices y anclas, y las viviendas de madera y lata donde se amontonaban todavía familias que parecían surgidas de un libro de historia del siglo XIX lo detenían a cada instante, dejando en su rostro un gesto de asombro. No podía dejar de comparar las aguas sucias, inmóviles, del Riachuelo, del que emergían algunos barcos pesqueros semihundidos, con las pinturas que habían retratado un puerto pujante, con obreros que cargaban bolsas hacia gigantescos buques que llevaban el trigo a otras tierras. Esos pesqueros que asomaban su proa desde la profundidad oscura y metálica del Riachuelo se le figuraban los restos de un país que había sido y ya no era. Los hierros oxidados, se decía, eran las migajas de una nación que arañó el escaño de un imperio y que se derrumbó ante la indiferencia del mundo. Buenos Aires era una ciudad que parecía sólida, pero que en los extramuros mostraba un rostro que muchos de sus habitantes todavía ignoraban.

En dos ocasiones había cruzado hasta la isla Maciel en un bote a remo conducido por un hombre, avejentado por el sol, que cobraba pocas monedas por el viaje. Y allí encontró una escenografía todavía más nostálgica, un paisaje que parecía no haber cambiado desde cien años atrás. Inmutables, las calles empedradas mostraban a sus lados casas de hojalata que no estaban pintadas para el turismo y conservaban los mismos colores grises del siglo XIX. Desde su interior salía un olor ácido y húmedo semejante al que despide la basura cuando entra en descomposición. Chicos que jugaban en la vereda con los mocos pegados en sus caras, mujeres jóvenes que lucían vientres hinchados, ancianos con la mirada perdida, jóvenes sin trabajo, ese era el extramuro, el que pocos conocían, o que preferían no conocer. El Inglesito imaginaba el cambio sustancial de vida que se produciría en esos seres abandonados por el capitalismo, cuando logran transformar el sistema y darle a ellos lo que les correspondía por derecho propio, por el sencillo acto de haber nacido. La indignación por la injusticia social no era un producto adquirido a través de sus lecturas, siempre abundantes y variadas, sino también por la violencia interior que le producía

comprobar que la vida de la gente era empujada a su máxima degradación. Marx le había servido para darle un marco teórico a la necesidad del cambio, pero su rebeldía frente a la pobreza estaba alejada de los textos y muy cerca de las villas miseria, de los desocupados o de los trabajadores mal pagos.

Cuando caminaba por esos sitios reafirmaba su voluntad revolucionaria y su conciencia, sentía crecer el odio de clase, como le llamaba, sabiendo que él pertenecía a una diferente, acomodada, privilegiada clase social. Y ese beneficio que muchas veces le avergonzaba, le obligaba a recordar su condición de revolucionario, que si bien no otorgaba disculpas, le proveía de cierto alivio personal.

Salvo Roberto, nadie conocía su dirección. Así se había establecido como medida de seguridad. Además, le habían comunicado que probablemente muy pronto lo trasladarían a otro barrio para que conviviera con compañeros. Estar solo en Buenos Aires podía llegar a ser deprimente, porque salvo a los compañeros del Comité Político de Capital, no conocía a nadie en la ciudad. Y si bien el trato con ellos era armonioso y solidario, las relaciones se terminaban cuando finalizaban las reuniones. Cada uno a su tarea, cada uno a su casa, hasta el próximo encuentro.

La que se había acercado a él con aire maternal, y ese don de saber escuchar a los demás, era Berta. Apenas presentados ella se interesó por su situación personal. Preguntó si estaba cómodo en su nueva vivienda, si necesitaba algo, le indicó los lugares a los que no debía concurrir porque estaban vigilados por la policía, fueran bares o restaurantes, cines o librerías. Le sugirió que vistiera bien y que no llevara el pelo muy largo, que tuviera cuidado con los controles que la policía realizaba imprevistamente en las calles. Prometió que en poco tiempo conocería a otros compañeros y compañeras con los que además de las relaciones políticas podría establecer una amistad más profunda, respetando siempre las reglas de la compartimentación y el secreto.

Berta trató de hacerle más llevadera la vida en Buenos Aires, sin que ese acercamiento pudiera confundir la relación entre ambos. Ella era miembro de la dirección y él un subordinado. Su posición en Córdoba como dirigente estudiantil quedaba en suspenso hasta que se decidiera otra cosa. Mientras tanto, se le daba un puesto de responsabilidad en el Comité Político de Capital, ámbito en el que podía discutir de política, elaborar estrategias, participar activamente en las decisiones que se tomaran.

La distancia que Berta imponía entre ella y el resto de sus compañeros debía de tener, suponía el Inglesito, relación con su figura atractiva, fácil de entusiasmar a cualquier hombre. Aunque siempre cuidadosa en su vestimenta, podía lucir cualquier prenda con la seguridad de que se vería elegante y linda. Quizá ese fuese el motivo por el que a través de su mirada, de cada uno de sus gestos, establecía las reglas del juego con los varones: cada uno en su sitio era el mensaje que despedían sus ojos,

hermosamente negros y ciertamente severos.

Una vez por semana se encontraba con Berta y ella le transmitía las novedades que llegaban de Córdoba, la situación del frente obrero y los avances de los delegados del partido. También le contaba algunos chismes del centro de estudiantes y las disputas que se habían producido luego de su retirada. Afortunadamente, en las elecciones recientes habían logrado colocar a varios compañeros que, si bien no tenían suficiente experiencia, se defendían razonablemente bien de las embestidas de los reformistas, ansiosos por adueñarse del centro estudiantil. La represión se estaba acentuando considerablemente y, decía Berta, había sido una sabia decisión trasladarlo a Buenos Aires. El aire enrarecido que se estaba respirando en Córdoba pronosticaba malos tiempos en un futuro bastante próximo.

Él la escuchaba hablar y luego intervenía para proponer nuevas estrategias en la universidad. Advertía cierta ingenuidad en los planteos de Berta y trataba de corregir el rumbo que estaba tomando la política universitaria luego de su alejamiento. Creía ver que los jóvenes dirigentes que lo estaban reemplazando no acertaban el camino que debían seguir. A veces se inquietaba por temor a que todo lo que se había construido se derrumbara con el consiguiente desánimo para los nuevos dirigentes.

Berta le aseguraba que no, que finalmente se lograría imponer la línea correcta y que no debía preocuparse: en Córdoba se avanzaba rápidamente hacia la conformación de un frente de lucha obrero estudiantil que lograría modificar radicalmente la distancia que desde siempre separaba a los trabajadores de los universitarios.

En esas ocasiones el Inglesito extrañaba su lugar de origen. Después de todo, se había criado allí, conocía la universidad como la palma de su mano, se tuteaba con algunos dirigentes obreros clasistas, y no se sentía un extranjero como en Buenos Aires. Todo lo que se había construido en Córdoba en las aulas universitarias era su obra, y ahora se sentía un poco marginado en esta ciudad tan grande y tan impersonal. Esas reflexiones no las transmitía a Berta porque sabía que de todos modos no habría marcha atrás. Estaba en Buenos Aires y aquí permanecería el tiempo que fuera necesario.

Luego de esas charlas retornaba a su departamento con un sentimiento de malestar en el estómago, sensación que podía atribuirse a la nostalgia por algo perdido. Algo que quizá no recuperaría nunca más.

Dos semanas después de su llegada a la ciudad, los camaradas que se ocupaban de arreglar los papeles le habían hecho llegar un documento de identidad, un registro de conductor y una credencial que le acreditaba como empleado de una firma norteamericana con oficinas en el centro.

Ahora se llamaba Amílcar Robles, un nombre que en sus oídos tenía alguna reminiscencia a gaucho, a hombre de a caballo, del interior del país. Figuraba como

nacido en Córdoba, a expreso pedido de Berta para justificar el marcado acento mediterráneo que el Inglesito jamás podría disimular.

## EN PENITENCIA

—Allí está el camión —dijo el chofer.

—Paremos a mitad de cuadra. Avisen a los demás de que no se detengan. Que den vueltas y esperen mis órdenes.

Valtierra bajó y fue caminando hasta el vehículo gris estacionado en una esquina. Subió a la cabina y allí encontró al técnico del radiogoniómetro. Este extendió un mapa de la ciudad y prendió un cigarrillo.

—El transmisor debe de estar en alguna de estas dos manzanas. No hay posibilidad de error. Podría haberlo detectado con mayor precisión, pero preferí no acercarme para evitar sospechas.

—Hizo bien.

—Por el tipo de emisión y el alcance que tiene, debe de ser una antena bastante grande... no sé cómo la habrán disimulado, pero seguro que es grande.

—¿Están transmitiendo ahora?

—No, ahora no. Lo hacen cada dos horas y las emisiones nunca se prolongan por más de cuatro minutos. Por eso nos costó bastante llegar hasta aquí. Saben que cuanto más tiempo transmitan nuestras posibilidades de detectarlos son más fáciles.

Valtierra se inclinó sobre el plano y observó cuidadosamente las calles que circundaban el lugar. Conocía el barrio perfectamente. Eran muchas las ocasiones en que había buscado delincuentes que alquilaban pequeños chalets por la zona para pasar desapercibidos. El que más trabajo le había costado era un miembro de la banda de Villarino, a quien buscó todos los días durante un largo mes de otoño. Sabía que estaba instalado dentro de ese perímetro y lo vigiló hasta encontrarlo en una mañana soleada en que el delincuente cometió el error de salir a la calle para hacer las compras. Cargado con la bolsa que contenía verduras, carne y una botella de vino, no tuvo tiempo de sacar su arma ni de llegar a su casa. Ahora llevaba varios años blanqueándose en una celda de la cárcel de Villa Devoto.

—Bueno, puede regresar al Departamento.

—¿No me necesitará, comisario?

—No, muchas gracias. Tengo todo el personal necesario.

Bajó del camión y se dirigió hacia el auto, estacionado a cien metros, en donde lo esperaban sus subordinados. En el trayecto se detuvo y compró cinco paquetes de cigarrillos en el quiosco que atendía un viejo.

—Hace frío, abuelo.

—Ah... míreme los sabañones...

—¿Por qué no cierra el negocio y se va a calentarse el cuerpo?

—Si no trabajo... ¿quién me alimenta?

No respondió. Dio media vuelta y caminó hacia el coche. País de mierda.

—¿Adónde vamos? —preguntó el chofer mientras ponía el motor en marcha.

—A ningún lado. Ustedes me van a esperar aquí mientras yo doy unas vueltas por el lugar y trato de encontrar la antena.

—¿Es cerca?

—El lugar que debo encontrar está a unas diez cuadras.

—Entonces lo acercamos.

El comisario giró la cabeza, miró a sus acompañantes de arriba abajo y sonrió.

—No, con esa cara de botones hasta los chicos del barrio se van a dar cuenta de que llegó la cana. Voy a ir a pie y ustedes me esperarán hasta que regrese. Allí hay tres bares, distribúyanse y traten de no llamar la atención, aunque me parece que eso es imposible.

Sin apurar el paso, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la solapa del saco levantada, Valtierra se alejó de la avenida del Trabajo para internarse en un barrio de casas bajas, algunas con el techo pintado de rojo, otras, más elegantes, con fachada de mármol vetado y ventanas de hierro labrado. En los pequeños jardines que daban a la calle había enanitos de cemento de barba blanca con gorros colorados y amarillos; eran los gnomos preferidos por los vecinos, que confiaban en la buena suerte que esas pequeñas estatuas derramarían sobre sus hogares. Su presencia sobre el pasto del frente ahuyentaba enfermedades, penurias económicas y falta de trabajo.

Miró el reloj: las cinco de la tarde. Apenas quedaban dos horas de la luz de invierno. Afortunadamente la lluvia había cesado, aunque las nubes seguían bajas y negras, y el frío que apretaba a medida que se acercaba la noche despoblaba las calles y las dejaba húmedas y solitarias.

Podría haber ido con el auto, pero siempre le había gustado caminar. Prefería el aislamiento de esta ciudad durante el invierno. Había recorrido Floresta, su barrio, paso a paso en muchas tardes ventosas y sin colores. Los días de franco, con las solapas levantadas para detener el aire helado y con la mente sin rumbo fijo, caminaba. Le gustaba caminar y detenerse para prender un cigarrillo de tanto en tanto. Hacía un alto en los bares poblados de hombres, llegaba hasta el mostrador y pedía un *whisky*. En algunas ocasiones se sentaba a una mesa y se dejaba estar. Aprovechaba el guante para abrir un agujero en la humedad que empañaba los vidrios y observaba así las calles desiertas. Se reconfortaba con el alcohol que llegaba a su estómago, que acompañaba con un café que lo animaría a otro trago.

Y luego salía nuevamente al frío para seguir recorriendo el barrio que había adoptado como su territorio. El silencio y el vacío de las calles secundarias formaban parte de su propia personalidad. Mientras caminaba podía pensar, aunque no tenía una gran disposición para el pensamiento. A veces lo hacía. Pero lo agradable consistía en dejarse llevar por sus piernas acostumbradas a deambular sin rumbo. Caminaba con el cerebro en blanco, libre de todo asedio externo que pudiera

perturbarlo. Simplemente se dejaba ir.

En esas ocasiones no se sentía solo. Su intuición le indicaba que los hombres necesitan estar con su propio cuerpo. Si algo lindo tiene esta ciudad, pensó Valtierra mientras se acercaba a la calle Remedios, eran esos días de frío intenso que empujaban a caminar por barrios deshabitados. Ciudad gris, se quejaban algunos; si lo mejor que tenía era ese color desteñido que el invierno se encargaba de ostentar.

Esta soledad le gustaba, la practicaba con esmero porque era suya, le pertenecía exclusivamente a él y nadie sabía de su existencia. Salvo una mujer, Dorita, la persona que más cerca estuvo de descubrir su secreto.

—Vos estás en penitencia —había dicho una tarde.

—¿Cómo en penitencia?

—Parece que te hubieras obligado a estar solo toda la vida. Sin mujer, sin hijos, con esos amigos que apenas sirven para una noche de juerga.

—Son buenos amigos.

—Buenos y pasajeros.

Pasajeros. Valtierra sonreía ante la observación. ¿Acaso había algo que no lo fuera? Los amigos, la ciudad, este noviazgo. Hasta la propia vieja era pasajera. Un día de estos se iba a morir y con esa muerte llegaría una soledad a la que sí temía: una soledad de infortunio y tristeza. Pero la penitencia a la que se refería Dorita, y que ella nunca podría entender, era placentera. Era la penitencia de levantarse un poco más tarde los domingos y tomar mate mientras escuchaba la radio; ir a comprar el diario a la esquina y conversar con el dueño del puesto que invariablemente le soplaría algunos chismes del barrio, de los maridos que golpeaban a sus esposas, de los chicos que andaban con marihuana, del intento de suicidio de un muchacho depresivo, y de los movimientos sospechosos de individuos que merodeaban por el barrio y que no estaría de más investigar.

Era una penitencia agradable: jugar una partida de billar con alguno de los muchachos, beber una mariposa, leer el diario frente a un café y luego ir a buscar el auto para llegar a casa de la vieja antes de las doce del mediodía.

Le había gustado la palabra «penitencia», porque de alguna manera el que vive solo es un penitente. Y todo depende de que le guste o no esa vida de silencio.

Llegó hasta la calle Remedios y se detuvo en la esquina. Ni un alma se atrevía a salir a la puerta. Dobló y caminó lentamente, mirando techos y terrazas. Un taxista medio perdido aminoró la marcha de su vehículo con la esperanza de salvar la tarde con el único cliente visible. Desalentado, aceleró convencido de que era preferible volver a casa y meterse en la cama con su mujer.

Valtierra dio una primera vuelta a las dos manzanas y luego decidió que lo haría en sentido contrario. Seguramente se le había escapado algún detalle. Porque aunque estuviera disimulada, esa antena debía de asomar y no tardaría en encontrarla.

Recordó la paciencia del primer procedimiento en el que participó. Una semana completa vigilando una casa sospechosa. Finalmente decidió asaltarla durante la noche cuando comprobó que estaban en plena reunión. El enfrentamiento fue tan grande que los vecinos quedaron aterrados. Pasaban las horas y los de adentro, caprichosos, no se rendían. Tiraban granadas caseras que caían cerca y producían corridas, pero que pocas veces estallaban.

En aquella madrugada el comisario rodeó la casa y con un grupo de muchachos de confianza saltó a la terraza y desde allí lanzaron granadas del ejército. De los cinco solamente pudieron agarrar a uno vivo, un chico de veinte años que intentó escapar por el fondo y cayó en la trampa. Los cuatro restantes, dos mujeres y dos hombres, murieron en el combate.

Ese había sido el primero.

Después de su viaje a Centroamérica había dado instrucción, organizado los grupos, dibujado cuadros sinópticos y asesorado a Inteligencia, pero ese había sido el primer combate que tuvo con estos muchachos y el primer prisionero que tomó. Reunió a todos los cadetes, como él los llamaba, y durante diez días les mostró cómo se hacía un interrogatorio.

Por fin el chico cantó una pista, una sola, antes de un paro cardíaco que el médico no pudo evitar. El dato consistía en un bar ubicado en la avenida Córdoba, a pocos metros de Callao, donde una vez por semana se reunían dos jefecitos del grupo. Como desconocía el día exacto, ordenó una vigilancia permanente durante un mes. A los treinta días solo se habían repetido cuatro caras y de ellas descartó a dos viejos que tomaban el té los viernes por la tarde. Los dos restantes eran muchachos con rostros de universitarios que llegaban, conversaban media hora y se iban cada uno por su lado.

Dispuso dos equipos para que los siguieran y el primer día uno de ellos advirtió la presencia policial y escapó. El otro, en cambio, fue a su casa. Antes de que sus compañeros le avisaran allanaron el departamento y encontraron una ametralladora que no alcanzó a usar y que había pertenecido a un agente asesinado.

Pero la pista se cortó ahí porque el chico no quiso hablar. Era resistente y no lograron arrancarle ni una palabra. Con paciencia y dedicación lo interrogaron durante un mes, y esta vez con cuidado para evitar accidentes. Pero no hubo caso. Decidieron curarle las señales del cuerpo, alimentarlo para que no se viera tan flaco y organizar un tiroteo.

Valtierra se detuvo en la calle y encendió un cigarrillo. Las seis menos cuarto. Ya había dado cuatro vueltas y temía despertar sospechas. Si tenían a alguien de guardia corría el riesgo de que lo vieran y se le escaparan de las manos. Dudó si suspender el operativo y regresar al día siguiente, pero finalmente arriesgó una última recorrida tratando de observar aquellos detalles que hasta ese momento había desechado. La

luz era cada vez más escasa y en pocos minutos más caería la noche.

Estaba irritado.

Desde el momento del traslado sentía que toda su vida había sido perturbada. Cumplía el deber con la misma buena disposición de siempre, pero no le gustaba ese asunto. Jamás se había metido en política ni le interesaba si gobernaban civiles o militares. Lo importante era trabajar y hacerlo bien. Pero a partir del cambio tenía que ocuparse de la política, conocer los nombres de los ministros, leer las declaraciones de los opositores, averiguar si alguno apoyaba a estos muchachos alocados. Todas esas cosas le enojaban.

Al doblar una de las esquinas se aceleró su pulso, aunque no se alteró su rostro. Allí estaba, la había encontrado. La antena se dejaba ver apenas unos centímetros por encima del pino, disimulada entre las ramas que aún conservaban el color verde a pesar de la helada nocturna. El árbol se elevaba en los fondos de un chalet cuyo frente estaba pintado de blanco y al que se llegaba atravesando un pequeño jardín que daba a la calle. Las dos ventanas lucían cortinas azules que impedían mirar hacia adentro. Había luz en la casa.

Sin duda era un buen trabajo. Eligieron esa vivienda por el pino y quién sabe cuánto tiempo vivieron allí hasta acostumbrar a los vecinos a su presencia. Aunque las transmisiones hubieran comenzado a realizarse apenas dos meses atrás, era muy probable que los habitantes de la casa la hubieran comprado con un año de anticipación. Para algunas cosas eran muy pacientes, y sabían disimularse entre la gente del barrio.

Pasó frente a ella sin desviar la vista y caminó, ahora con paso más rápido, las diez cuadras que lo separaban de los bares donde estaban sus muchachos. Ahora sí.

Ahora estaban perdidos.

## UN PERSONAJE NEFASTO

Un samurái de cartón en vísperas de la lucha. Miró su cuerpo entero en el espejo del cuarto y en vez del fiero combatiente vio una figura chaplinesca condenada al día siguiente a enfrentarse con poderosos ejércitos. Ensayó nuevamente, y esta vez se sintió más satisfecho. Sonrió, y el rubor que siempre lo traicionaba cubrió su rostro con una intensidad que era incapaz de controlar. No podía evitar cierto sentimiento de vergüenza. Se sentía observado y hubiera deseado encontrarse solo, alejado de esa mirada experta que dirigía sus movimientos.

Desde chico se había sentido incómodo en su propio cuerpo. Demasiado delgado, demasiado alto, con los hombros desgarrados y estrechos que le otorgaban el aspecto de un álamo carolina en días de viento. Se miró los ojos y los encontró, como de costumbre, saltones y exageradamente celestes. Jamás podría disimular ese pelo rubio y alborotado que le cubría las orejas como a un paje de la Edad Media. Ese, con pinta de alemancito; el suequito. Siempre se refirieron a él como si fuera europeo: el Inglesito. Y probablemente no se habría sentido molesto de no haber sido por el infamante diminutivo con que todos daban cuenta de su rostro aniñado, blanco y lampiño.

Se irguió un poco para enfrentar la incipiente escoliosis y abrió su saco con un gesto rápido. Pero la mano se enredó con torpeza y no logró su cometido.

Tenía puesto un traje de color claro que, como todos, le quedaba corto de mangas y demasiado ancho en los hombros. No era fácil conseguir la ropa adecuada para vestir esa larga figura. Tiempo atrás, cuando corrían los años de adolescencia, su padre lo había llevado al sastre de la familia, el mismo sastre que había vestido a una generación completa de abogados exigentes de su prestancia. Con paciencia, mientras los hombres conversaban acerca de las corrientes internas que lucharían encarnizadas en el próximo congreso partidario, el lienzo tomaba forma y se cargaba de alfileres y trazos de tiza. Esos trajes, poco usados, ocultaban discretamente los defectos y otorgaban la necesaria elegancia que requería el hijo del doctor. Hábitos de pequeño burgués, habían dicho sus compañeros de facultad cuando lo sorprendieron, en muy pocas ocasiones, vistiendo casimires que serían lucidos, únicamente, en compromisos familiares.

Pero a partir de la ruptura se acabaron esos lujos y ahora usaba la ropa que tuviera a mano o que le prestaran sus compañeros. Y este traje, el que ahora mostraba frente al espejo, había llegado cuidadosamente doblado en el paquete entregado por Berta, que contenía, además, una pistola de nueve milímetros y tres cargadores con sus correspondientes proyectiles. Primero se probó la ropa, convencido de que le quedaría mal, pero el espejo le devolvió una imagen que por lo menos pasaría desapercibida cuando circulara mañana por la calle. Luego, consciente de la mirada

de Roberto, que no perdía detalle alguno, controló el mecanismo del arma y el estado de los proyectiles.

—Nunca hubiera imaginado que conocieras las armas. Tenés el aspecto de una persona pacífica que no se interesa por estas cosas.

—Soy pacífico —respondió sonriente—. Pero a mi padre le gusta cazar. En Córdoba, los fines de semana, nos íbamos al monte con carabinas y escopetas. A veces él cerraba el estudio los miércoles por la tarde y viajábamos en auto hasta Santiago del Estero, donde todavía se encontraban gatos monteses. Nos quedábamos hasta el domingo y volvíamos a la madrugada. Allí aprendí a tirar.

—Eso está muy bien —dijo en un tono de voz autorizado—. Porque hay algunos compañeros marmotas que no saben cómo se agarra una pistola.

—Hay que enseñarles.

—Sí, es cierto. Pero algunos no aprenden jamás. Dedicué muchos fines de semana a dar instrucción a los que ingresan al partido y te puedo asegurar que son un desastre.

Roberto hablaba con el desprecio del general que recibió una mala partida de conscriptos. El Inglesito levantó la vista y se preguntó qué pensaría de los que como él se sentían incómodos en todo este asunto de la guerra. De manos grandes y cuerpo robusto, Roberto era un arquetipo del hombre de acción. Seguro de su fuerza, un poco torpe, era la encarnación de músculos y audacia; toda su postura lo delataba como ejemplo de soldado. Más de un compañero lo había confundido, en el momento de entrar en un bar, con el policía que busca rostros sospechosos entre las mesas. Y a pesar de no conocer su verdadero nombre, ni sus antiguas actividades, si es que las había tenido, al Inglesito le resultaba familiar porque había tratado a varios compañeros como él. Blanco o negro, así era el pensamiento de algunos camaradas que creían que el mundo se dividía entre buenos y malos. La belleza, para los burgueses; la simpleza, para los proletarios, que son intuitivos y nunca se equivocan. Durante las manifestaciones estudiantiles los había observado cuando integraban los grupos de choque, caminando con rostros adustos, aguardando impacientes a que la derecha fascista se atreviera a entrar en escena con sus cachiporras. Lo que más les gustaba de la política era la acción, ese momento crucial en que las cosas se definen a las trompadas o a los tiros. También los estudió en asambleas sindicales o universitarias, cuando el calor de las discusiones comenzaba a transpirar las caras agitadas de los oradores. Los había visto ávidos de combate, frenando sus deseos de arremeter contra los otros mientras elevaban sus puños cargados de bronca.

En algunas ocasiones, cuando el desarrollo del debate era favorable, él había tratado de calmarlos, de hacerles entender que la asamblea estaba ganada, que había votos suficientes, que si peleaban estarían políticamente perdidos. Y aunque su cuerpo no lo ayudara, siempre supo imponer su voz, hablando lentamente, haciendo

pausas, buscando las palabras precisas que no convencerían a sus enemigos pero detendrían, momentáneamente, los golpes que sus aliados anhelaban.

El Inglesito se miró en el espejo y ensayó una vez más. El resultado fue mediocre y tuvo ganas de terminar con esa farsa que lo avergonzaba. Roberto estaba recostado sobre la cama y lo miraba con cierta conmiseración fastidiosa aunque comprensiva. Se había quitado el saco y la camisa le apretaba el corpachón que se encaminaba hacia una prematura obesidad.

—¿Realmente esto sirve para algo? —dijo el Inglesito.

—Claro que sí. Si se convierte en un acto reflejo te puede salvar la vida.

—Me parece que nunca lo voy a aprender... mi mano se traba.

Dejó el arma sobre la mesa y fue a la cocina a preparar café. Desde allí escuchó la voz de Roberto.

—Aunque te parezca ridículo hay que practicar como un *cowboy* hasta que el arma salga en un solo gesto y velozmente. Tiene que convertirse en un acto reflejo, especialmente cuando uno anda solo por la calle y te sorprende un control policial. Ese reflejo te puede salvar la vida.

Le encantaba hablar de esas cosas. Era su tema preferido. El Inglesito regresó con las tazas de café y le observó mientras se acercaba a la cama. Roberto parecía haber nacido con el arma integrada en su cuerpo como si fuera una costilla más. Su mayor deleite consistía, y él lo había comprobado en muchas reuniones, en desarmar y volver a armar pistolas como si fueran complicados rompecabezas. Y en cada ejercicio trataba de romper el récord de velocidad que segundos antes ya había roto.

—O por lo menos evitar que me agarren vivo —concedió el Inglesito.

—No debería contártelo... —insistió—, pero una vez dos policías de civil a los que no les gustó mi cara intentaron detenerme. Y ese acto reflejo me salvó: extraje el arma y disparé antes de que tuvieran tiempo de mover una mano.

Escuchó con interés. No estaba mintiendo, era incapaz de hacerlo. Sabía que Roberto había estado en situaciones críticas y que ya no recordaba la cantidad de acciones en las que participó. Pero nunca había oído el relato de ninguna de ellas.

—¿Murieron? —preguntó, indeciso y avergonzado.

Roberto rio.

—No. Le di en la pierna a uno de ellos y el otro se zambulló en un zaguán. Yo corrí hasta la esquina antes de escuchar el balazo de respuesta... ¡y me escapé!

El Inglesito lo miró con una admiración que no se atrevía a confesarse. Después de todo, le hubiera gustado ser como él. O mejor dicho, le hubiera gustado poseer esa experiencia pero sin perder su propia identidad, su manera de pensar, su recelo a la violencia. Se preguntó si era posible. Mañana Roberto iría animado por su voluntad de combate, su decisión temeraria frente al peligro. Y en cambio él temblaría de miedo tal como había comenzado a temblar desde el momento en que le comunicaron

que realizaría su primera acción militar.

Una semana antes, Berta lo separó de los compañeros al terminar una reunión y le dijo que necesitaba conversar con él. Se sentaron en la cocina. Ella cerró la puerta para que nadie pudiera escuchar y comenzó a preparar café mientras hablaba. Su rostro estaba serio y evidenciaba que le iba a comunicar una noticia trascendental.

—La semana próxima haremos una operación militar muy importante. Va a tener gran repercusión, no solo nacional, sino también en el exterior. Y yo propuse que vos fueras uno de los participantes.

—¿De qué se trata?

—Bueno... primero necesito saber si estás en condiciones, quiero decir, si estás preparado. Porque, en realidad, ya hace un par de años que estás en esto y todavía no entraste en acción.

—Estuve en otras áreas. Y además nunca me propusieron.

—Ya lo sé, pero también podría deducirse que si los compañeros no te han propuesto es porque vos no parecés muy interesado en las tareas militares.

—Si soy miembro de una organización político-militar es porque creo que esta es una etapa militar.

—No te enojés. Solamente estoy diciendo que no tenés mucha disposición. No creas que es una crítica. Es natural, hay compañeros que tienen más aptitudes militares que otros, así como hay compañeros que por su práctica tienen más formación política. Lo que debemos hacer es resolver poco a poco ese desequilibrio.

—Por supuesto que voy a participar —dijo mientras retiraba las manos de la mesa y las colocaba sobre su falda, convencido de que comenzarían a transpirar.

—Muy bien. Entonces mañana vas a venir a una reunión en donde estaremos los que hemos planificado la operación.

Hubo silencio. Ella bebió de su taza y no dijo más.

—¿Y ahora? —preguntó casi con temor—. ¿Puedo saber de qué se trata?

Berta le dio la espalda, esperó unos minutos mientras lavaba su taza en la pileta de la cocina, y giró hasta enfrentarlo.

—Sí. Vamos a ejecutar a un personaje nefasto. Es un torturador muy conocido que ha matado a varios de nuestros compañeros. Se ensaña con la picana, disfruta asesinando. Mañana, en la reunión, sabrás cómo se llama.

A pesar de todo el esfuerzo por evitarlo, sintió que el rubor comenzaba a subir desde su cuello, le enrojecía las mejillas y la frente y luego se ampliaba como una mancha húmeda y caliente hasta desparramarse sobre sus orejas. Trató de hacer un gesto de aprobación y se convenció de que lo único que había logrado era una mueca.

La voz salió aguda, desabrida:

—Tengo buena puntería. Fui cazador.

—No te preocupes, de todos modos vamos a ser varios los que disparemos.

## EL AS DE LA GENERALA

Pasó frente a la casa que dejaba entrever la antena sin mirar a los costados y retomó el camino de regreso hacia el lugar donde esperaban los muchachos. Ahora sí, ahora venía lo lindo. Si por culpa de esos chicos tenía que andar metido en cosas que no le interesaban, ahora llegaba el momento de cobrarles. Estaba aburrido, podrido de la política y de las pavadas que decían los políticos. Estaba harto de este país que cada día se ponía peor. Ahora verían las consecuencias de meterse a salvadores de la patria, pensó Valtierra al caminar por las calles de ese barrio que se oscurecían velozmente mientras bajaba una neblina que impedía ver a más de una cuadra.

A pocas calles de allí, en el Mercado de Liniers, todos los días desfilaban miles de vacas que eran degolladas de un tajo por hombres que manejaban el puñal con una destreza que siempre envidió. Los había observado mientras los animales mugían, asustados por el presentimiento de la muerte que se olía en las canaletas húmedas y resbalosas de sangre. Eran hombres fuertes y medio ladinos, nacidos en el litoral y con un pronunciado acento que en muchas ocasiones apenas dejaba entender alguna que otra frase. Los conocía bien. En su juventud, durante su paso por Homicidios, detuvo a tres o cuatro que cortaron a sus mujeres o se trenzaron en peleas nocturnas de borrachos escandalosos. Manejaban la hoja con una velocidad que no se entorpecía ni con las dos botellas de ginebra que eran capaces de tomar. Tipos curtidos por el aliento final de animales que se desplomaban con el hocico al suelo y un quejido apenas exhalado.

Antes de capturar a uno de ellos, en la villa miseria cercana al Riachuelo, le había hablado durante un hora, pistola en mano, mientras el otro sostenía a su mujer con el puñal en el cuello, listo para abrírselo con un solo movimiento. En la noche alumbrada por las luces de los reflectores policiales, los vecinos observaron en silencio, sin moverse, con ojos vidriosos y acostumbrados a ver muertes de madrugadas alcohólicas, pobladas de gritos y llantos. Le habló lentamente, sin tener la certeza de que ese morochito medio esmirriado entendiera las palabras que aconsejaban entregarse, dejar libre a la mujer, soltar ese puñal delgado a fuerza de sacarle filo. En esas épocas conoció todos esos barrios de lodo, saturados por los olores químicos de las aguas despedidas por fábricas cercanas. En noches interminables permaneció inmóvil, de pie, oculto detrás de alguna tapia mugrienta que lo protegería de los disparos desesperados de quien se sabe sorprendido y sin salida. Cuántas veces se arrodilló frente al cuerpo agonizante que despedía una sangre tan oscura como aquella que corría por las canaletas del matadero. Y recién entonces había prendido, placentero, sabroso, el cigarrillo que antes, en la noche sin luna, lo hubiera delatado. En rincones de su memoria se acumulaban cuerpos, cuerpos muertos y sucios por el barro, en extrañas posiciones que nunca hubieran podido

igualar cuando aún estaban tibios. Vacas y hombres, comer y no dejarse comer, siempre había sido así y eso nunca cambiaría, porque las cosas no cambian aunque estos chicos ahora quisieran hacer un país de tipos buenos, siempre sonrientes, con caras de alegría. Se morían por la alegría, había leído alguna vez en un papel escrito por un judío. Si lo que buscan es alegría debe de ser porque no saben disfrutar de las cosas.

—¿Y los muchachos?

—Los distribuí en esos bares. Están tomando café.

Valtierra subió a su automóvil.

—Quiero un coche en cada una de las esquinas, rodeando la manzana. Que nadie baje de los autos, vamos a tratar de entrar derecho viejo. Si hay tiros, entonces sí, que no dejen escapar a nadie. Pero si no pasa nada, que esperen órdenes. Vos venís conmigo. Elegí a otro, vamos los tres, únicamente con armas cortas.

Se organizaron rápidamente y subieron a los vehículos. Las puertas se cerraron con fuerza y el ruido de los motores al ponerse en marcha interrumpió el silencio nocturno. Algunos vecinos se asomaron por detrás de las ventanas de los bares y vieron partir a esos hombres que parecían contentos y decididos. ¿Adónde irán?, preguntó un parroquiano en voz alta, y todos alzaron los hombros.

Valtierra y sus dos acompañantes bajaron unos metros antes de la esquina y caminaron lentamente, aguardando hasta que los demás tomaran posiciones. Luego cruzaron la calle mientras sus manos, hundidas en los bolsillos del sobretodo, quitaban el seguro de las armas. Las primeras gotas heladas de la lluvia que nuevamente comenzaban a caer mojaron los rostros apenas iluminados por los pocos faroles callejeros que centellaban una luz amarilla.

El comisario cruzó el pequeño jardín, se acercó a la puerta y tocó el timbre. A los costados, con la respiración acelerada, sus dos hombres se pegaron a la pared. Las armas que apuntaban al cielo rechazaban las gotas de la lluvia que se acrecentaba con cada segundo.

Una mujer joven, vestida con pantalones vaqueros y una camisa blanca, abrió la puerta. Apenas fue un gesto, un resquicio, suficiente para que Valtierra arrojara todo su cuerpo sobre ella y la golpeará en el rostro. Cayó al suelo de espaldas y el comisario pasó sobre su cuerpo sin detenerse. Corrió hacia el interior y entró en la cocina, donde una olla dejaba escapar el vapor. No había nadie. Siguió hasta un dormitorio en el que había una cama de dos plazas y una sola mesita de luz. Estaba vacío. Abrió la puerta que comunicaba con el jardín del fondo y advirtió que junto al pino que disimulaba la antena había una pequeña pieza, posiblemente destinada a la sirvienta por los antiguos propietarios.

Corrió hacia ella y con el impulso que traía se abalanzó contra la puerta cerrada. Prácticamente la arrancó de sus goznes y entró en la habitación. Allí estaban dos

hombres que en ese momento guardaban las piezas del radiotransmisor.

Los tres se miraron en silencio, inmóviles, sorprendidos, midiendo las posibilidades de vivir. Hubiera bastado una leve señal para que ese silencio no se interrumpiera. Pero uno de ellos intentó alcanzar con su mano el revólver que estaba sobre la mesa. El gesto fue rápido pero también inútil. Valtierra le disparó al rostro y el proyectil golpeó el cráneo en forma oblicua. El cuerpo cayó hacia atrás, arrastrando una silla en la que vanamente trató de afirmarse, mientras la cara se transformaba hasta quedar estática con una sonrisa regalada.

—Quieto —dijo el comisario al tiempo que el otro sujeto alzaba las manos entre balbuceos incoherentes.

Ya está, todo terminado. Un muerto y dos vivos. Cada uno sabe lo que busca. Le puso la pistola en la nuca, trabó por detrás el brazo y lo empujó a través del jardín hacia el interior de la casa. En voz baja, casi susurrándole en el oído:

—Caminá, marica, caminá. Ahora vas a ver lo que te va a pasar. ¿Vos eras el locutor de esta radio, eh? ¿Te creías Fontana? Ahora vas a hablar mucho, Cachito, te prometo que vas a hablar como nunca habías hablado, turruto, mariconcito, nenita.

Ordenó que amordazaran a la pareja y los dejaran en el suelo del dormitorio. Por su radiotransmisor preguntó si el disparo había producido algún movimiento entre los vecinos. Desde los cuatro automóviles el personal le respondió que no. Eran las ocho de la noche y todas las familias debían de estar frente al televisor, esperando que se calentara la comida para servirla en la mesa.

De a uno, sigilosamente, cubriendo las armas largas con sus sobretodos, otros tres hombres ingresaron en la casa. El resto se alejó de la zona en espera de nuevas órdenes.

—Bueno, muchachos, vamos a comer. —El comisario y su gente aprovecharon el guiso que estaba sobre el fuego y agregaron algunos trozos de carne que encontraron en la heladera, lavaron dos atados de lechuga, cortaron varias cebollas y condimentaron una ensalada. En la alacena encontraron un vino medio barato que distribuyeron en partes iguales. Al final de la comida alguien calentó café y conversaron sobre mujeres, carreras de caballos y novedades producidas en el Departamento Central.

—¿Por qué no le gusta el hipódromo, el casino, el escolazo en general? —preguntó el suboficial Marini.

—Porque eso es para los giles.

—Pero usted juega a los dados, al billar...

—Eso no es escolaso —terció Gómez.

—El billar me gusta, siempre jugué al billar —dijo Valtierra con el escarbadietes en la boca.

—¿Conoce el casino de Mar del Plata, comisario? —insistió Marini.

—Que no me guste jugar por dinero no quiere decir que sea un ignorante.

Valtierra se disgustó. No soportaba a los que se creían Gardel por el dudoso mérito de ir al casino y perder el sueldo. Se sentían ganadores porque tenían unas fichas en los bolsillos y no eran otra cosa que unos pelagatos. Había ido muchas veces al casino, siempre en busca de alguna cara, a la espera del que quisiera jugarse lo que había recaudado en el asalto bancario. Muchas veces permaneció sentado en la barra, en silencio, tomando *whisky*, paseando por las mesas y buscando rostros memorizados en fotografías policiales. Y se había detenido, curioso, frente a alguna vieja cargada de collares que tiraba fichas sobre el paño con el mismo desparpajo que usaría para tirarle las sobras del pollo a la sirvienta. En sus primeras visitas al casino se había equivocado al creer que esa gente era la flor y nata de la sociedad. No, eran los mismos que el domingo por la noche regresaban a Buenos Aires en un ómnibus de segunda clase, con la ilusión de que el domingo siguiente, con los pocos pesos juntados en la semana, se desquitarían de una suerte que esta vez no los había acompañado. Eran unos pelagatos que jugaban a la gran vida.

Los maleantes que él había buscado tenían, en cambio, los bolsillos llenos, y a Valtierra no le importaba que fuera producto de un asalto. Los veía llegar con la cartera repleta y alguna hembra conseguida a fuerza de mostrar billetes. Sabían vivir la vida, porque aunque fuera muy cortita, el recuerdo de esa noche de juerga, *whisky* importado y buenas mujeres los acompañaría durante los años siguientes en la celda de Devoto. Ellos vivían de ilusiones forjadas en noches de insomnio, noches monótonas y frías que se prolongaban hasta el fin de la condena, momento aguardado, imaginado con tanto anhelo que cuando salían en libertad lo hacían con ganas de vivir la vida, y al día siguiente planeaban el asalto salvador, el que los llevaría a gozar otra vez de las mujeres, el juego y las bebidas. Seis meses, un año de buena vida y otra vez al pozo para que todo se convirtiera en un recuerdo. Eso era mejor que dormir en la casilla de lata de una villa miseria o parecerse a esas viejas que vivían empeñando las joyas familiares en el Banco Municipal.

Por esa razón, cuando en alguna noche encontraba al que estaba buscando, lo dejaba jugar. Se ubicaba disimuladamente cerca de él y esperaba pacientemente a que el sujeto hiciera ostentación de fichas fuertes, luciéndose frente a la mujer que creía haber enganchado, por fin, al rey de Persia. Daba gusto verlo jugar con el dinero dulce obtenido a punta de pistola en algún banco del interior del país. Era su momento de gloria, la noche estelar que amortiguaba el tedio de los años pasados en la cárcel. Él no le iba a arruinar esos minutos de felicidad que le servirían para recordar durante los próximos años.

Luego lo dejaba salir hasta la calle, aspiraba el airecito fresco y salado de la noche, y ahí, en la misma rambla, le ponía la pistola en la cabeza: perdiste hermano, pero te llevás una buena postal en la cabeza.

Fue muchas veces al casino como para necesitar los consejos de este muchachito convencido de que era el astro de la noche porteña.

—¿Y vos, vas mucho al casino?

—Depende. Una vez por mes. Siempre gano —respondió Marini.

—Me imagino.

Valtierra se levantó y fue hasta el dormitorio. En el suelo, separados por la cama, estaban los dos cuerpos maniatados. Se acercó al hombre y le dijo:

—Yo sé que esta es tu mujer. Si no me decís a qué hora llegan tus otros compañeritos, los seis que estamos aquí nos cogemos a tu señora.

Miró el reloj y eran las diez.

—Son las diez de la noche, es muy temprano, tenés tiempo hasta las once. Una hora es suficiente para decidirte. Pensalo.

Ordenó que pasaran a los dos subversivos al comedor y que desnudaran a la chica. Le sacaron la venda al hombre, le mostraron a su mujer y volvieron a cubrir sus ojos.

—Ya sabés... está desnuda y nosotros estamos calientes.

Fue hasta el sillón y se sentó a leer el diario de la tarde. En la provincia de Córdoba un grupo extremista había asaltado un camión y repartido la leche que transportaba entre los habitantes de un barrio obrero. Le irritó que actuaran con tanta libertad.

—Aquí también vamos a repartir leche —dijo en voz alta, y volvió nuevamente a las noticias. El gobierno militar aseguraba que permanecería en el poder hasta 1998, que el país era objeto de una agresión exterior, que no habría contemplaciones con los terroristas. Si se quedan hasta el noventa y ocho estamos jodidos, pensó Valtierra y dio vuelta a la página para introducirse en la sección policiales.

Faltaban diez minutos para las once cuando le preguntó al prisionero si hablaría. Pero el mocoso no contestó. Organizó entonces un juego: distribuyó las cartas sobre la mesa y anunció que el que ganara el as de oros se cogería primero a la mujer.

Él declinó su participación. No necesitaba hacerlo. Era el jefe y no se humillaría bajándose los pantalones. Además, no era su estilo. Hubiera preferido golpearlo, usar corriente eléctrica, pegarle con una goma. Pero había organizado esa ratonera con la esperanza de agarrar a otros miembros de la banda y sabía que en estos casos el procedimiento indica que hay que quebrar la moral del extremista. No traía picana y no hubiera podido utilizarla en esa casa porque los vecinos se alertarían. Esta era una guerra en la que él no había pedido participar. Allí lo metieron y cumpliría con su cometido.

A su cabeza volvió el recuerdo de aquella madrugada en que había detenido a un violador callejero. Regresaba en su auto cuando observó un movimiento extraño en un terreno baldío de Avellaneda. Dejó el coche a una cuadra y regresó a pie con el

arma en la mano. Se detuvo a pocos metros y permaneció en silencio hasta escuchar un gemido. Conocía esa clase de sonidos: alguien se quejaba con la boca tapada.

Cuerpo a tierra, reptando entre los arbustos, fue acercándose hasta que se topó, de golpe, con un sujeto que estaba violando a una mujer. Ella boca arriba y amordazada, las manos atadas atrás con una corbata y el desconocido que intentaba abrirle las piernas mientras susurraba obscenidades.

Se tiró sobre él y lo derribó sobre el barro, le golpeó con la pistola en la cara, en el pecho, y luego se puso de pie. Entonces le pateó la cabeza varias veces. Se detuvo cuando vio que estaba por matarlo.

Con dedicación, casi minuciosamente, le fracturó las dos piernas y los dos brazos. Quería darle una lección que recordara durante toda la vida. Ya que no permanecería mucho tiempo en la cárcel, por lo menos pasaría tres meses en el hospital y medio año sin caminar. Después, antes de violar a otra mujer lo pensaría dos veces.

Desató a la muchacha y la llevó en su coche hasta un bar, la lavó, le ofreció un coñac y la tranquilizó. Y luego, cuando lucía mejor aspecto, la dejó en su casa recomendándole que no anduviera sola durante la noche. Regresó por el violador, lo arrastró hasta el automóvil tomado por el pelo y lo introdujo en el baúl. Los gritos de dolor no lo conmovieron.

—Te quebraste, viejo, por cogedor te quebraste.

Lo entregó en la guardia de la policía de Avellaneda. Declaró que había intentado resistirse y fue necesario golpearlo. Que no tenía nada grave y podía esperar un médico hasta el día siguiente. En una celda oscura el violador chilló durante toda la noche.

La novena carta fue el as de oros y justo le tocó al oficial Marini, que sin duda era el que estaba más caliente. Quizá fuera cierto que tenía suerte en el juego. Se lo veía triunfador, radiante de felicidad mientras miraba a la extremista, bastante linda, de pechos redondos, no muy grandes pero bien parados. Las piernas largas y la piel bronceada en pleno invierno despertó la curiosidad de Valtierra, ¿en dónde tomaría sol la burguesita?

El oficial bajó sus pantalones y la penetró mientras otros dos le mantenían las piernas abiertas. Todo fue rápido y en dos minutos había terminado.

—Usted parece un adolescente —dijo Valtierra—. Acaba casi antes de empezar.

La lavaron y volvieron a penetrarla. En ese momento el marido se lanzó a llorar.

—Ah, llorás... Ahora llorás... ¿A cuántos mataste, hijo de puta?

De los seis, solo tres participaron en el juego. Ni el comisario ni dos de los muchachos quisieron continuar.

—La sacaste barata —le dijo a la rubia, y luego volvió sus ojos a Marini, sentado en el suelo, todavía jadeante.

—Ponete el sobretodo y subí a la terraza; montá guardia hasta que te avise.

—¡Llueve a cántaros! —balbuceó Marini, incrédulo ante la orden.

Valtierra se dio media vuelta y no contestó. Estaba disgustado. A los otros dos los envió al fondo de la casa, para custodiar el jardín.

—¿Alguien trajo dados?

—Siempre traigo dados, comisario.

Se sentaron los tres en la mesa y organizaron una generala.

—¿Me permite que le diga una cosa, comisario?

—Si es por los que mandé afuera, no.

Durante un rato jugaron en silencio.

## MATAR AL ESPEJO

Durante los días que siguieron, días de planos sobre la mesa, con pequeños autitos de cartón que circulaban por avenidas trazadas con tinta, días de calles memorizadas, de alternativas para la fuga, días de contraseñas y preparación de equipos quirúrgicos que el Inglesito imaginó usados en su propio cuerpo, días interminables en los que él descubrió que el temor no solo se localizaba en el estómago, descubrió, además, que se acrecentaba hora tras hora. Tuvo miedo de su miedo, temió que esa sensación de angustia paralizara sus músculos, acalambrara sus manos y le impidiera participar. Y trató de sobreponerse mediante argumentos convincentes, recurriendo a la razón, reflexionando sobre el favorable impacto político que provocaría el ajusticiamiento en la sociedad. Era necesario, se decía, demostrarle a la gente que existía un poder paralelo al poder tramposo del Estado, y que ese poder era implacable con los torturadores, con los corruptos, con los criminales que actuaban impunemente. Utilizando el poder reflexivo que había heredado de su padre, logró armar en su cabeza un argumento, un alegato que serenaba su conciencia.

Pero ahora, un día antes de esa ejecución, descubría que no lograba superar su cobardía, que el miedo estaba mucho más allá de su capacidad racional y que el desasosiego que lo atormentaba solo culminaría una vez cometido el acto.

Pensó en hablar con Roberto, contarle su desventura y pedirle ayuda sinceramente, de compañero a compañero, decirle que a pesar de su convencimiento político, aun persuadido de la necesidad de la lucha con las armas, no lograba integrar esa certeza ideológica a su sangre, a sus músculos que dejaban de obedecerle, a su cerebro que en vez de impartir órdenes de control sobre su cuerpo, le imponía sudores fríos, insomnios y penosas sensaciones en su estómago.

La cabeza se había peleado con su cuerpo y cada uno respondía a sus propias conveniencias. Cuando decidió incorporarse, dos años atrás, sufrió la misma desazón. Había convencido a sus antiguos compañeros universitarios, habló con ellos con la seguridad y los argumentos de un político que desde la barricada ordena avanzar a las masas y se pone al frente de ellas. Visitó a delegados gremiales conocidos en algunas fábricas, discutió acaloradamente con los compañeros de su agrupación y los fue empujando, acompañando en el vertiginoso cambio que exigía una decisión de esa naturaleza: se iniciaba un proceso que conduciría a la guerra civil y ya era hora de tomar las armas.

Y muchos lo siguieron, entusiastas, seguros de la conquista, listos para repetir aquellas lejanas escenas literarias en donde obreros de San Petersburgo combatían junto a los proletarios alemanes y en donde las brigadas de Madrid se fundían con campesinos chinos o guajiros latinoamericanos. Desde el asalto al Palacio de Invierno en adelante la historia se había sacudido varias veces, dispuesta a abrir sus brazos

para recibir a los oprimidos, a los olvidados, a los sin tierra, a los ignorados y desnutridos, a los vejados que pedían justicia al cabo de siglos. La historia se ofrecía, esta vez, lista para ser transformada. Estaba allí, al alcance de la mano, aguardando impaciente que todos los hombres valerosos encontraran el secreto que permitiría arrancarle el corazón a los dueños de la vida. Antes era demasiado temprano, y mañana llegaríamos tarde; o aprovechábamos ese preciso instante en que la revolución había vuelto el rostro hacia nuestro país o sucumbiríamos con la peor de las vergüenzas, el más infame de los escarnios, aquel que sufren los pueblos que desaparecen sin combatir.

Se había escuchado a sí mismo mientras argumentaba con pasión, convincente, seguro de que estaba ofreciendo una verdad indiscutible. Y en los ojos de sus interlocutores vio que sus palabras penetraban los sentidos de la razón, que estaba ganando la primera batalla, aquella que consistía en persuadir a los hombres de que la vida, al fin y al cabo, adquiere valor cuando se la juega para la justicia. No se trataba, esta vez, de una quimera en que la fantasía de sociedades libres se anunciaba en futuros nebulosos, magníficos pero ajenos a las labores cotidianas. Ahora estaba ofreciendo la lucha para un propósito que estaba allí, listo para ser moldeado por hombres que tuvieran la audacia de salir a la calle para tomar lo que por derecho propio les pertenecía.

Pero por alguna razón que temía descubrir, no lograba incorporar esas palabras a su cuerpo, y una secreta admiración por aquellos que encaraban esa nueva empresa con alegría y entusiasmo, vehementes por entrar ya mismo en acción, enardecidos por la oportunidad de demostrar su valor en las calles, lo convencía de que se gestaba una barrera invisible muy difícil de disimular. Creía en la inevitabilidad de la guerra, pero no soportaba la idea de participar en el desgarramiento que ella, la guerra, diseminaría por un territorio hasta ahora acostumbrado al pulso de las palabras. José León Suárez, el bombardeo de Plaza de Mayo, todas esas eran historias antiguas, pertenecientes a la memoria de la infancia, susurradas al oído y recordadas como bandera de lucha, pero no como vivencias cercanas. Su padre le había acostumbrado al manejo de las armas pero también le enseñó el temor a ellas. Podía disparar contra un jabalí y verlo caer con la emoción del que caza una presa, podía destazarlo con su cuchillo de monte sin que le temblara la mano. Pero en sus lecturas de la guerra de España, de la masacre de Cantón, en las noticias que a diario llegaban de una Guatemala donde se degollaba a los revolucionarios, adivinaba su incapacidad de ser un personaje activo, partícipe de la violencia. Cómo lograr una integración entre su pensamiento, se había preguntado muchas veces, y esa sensación de terror ante un acto de fuerza, ante la violación de otra voluntad. Al cabo de dos años de participar en una lucha armada en la que él no había disparado ni un solo tiro, llegaba ahora el momento de una verdad a la que temía. Iban a matar a un hombre, interrumpir su

vida, y condenarlo para siempre a la frágil imagen de la memoria. Y si bien sabía que ese hombre destazaba a compañeros con la misma frialdad con que él había destazado animales, el choque que le imponía esa realidad con su propia capacidad de hacerlo le dolía en todos sus músculos. Tenía miedo de la muerte, y no solo de la propia, temía también la muerte del condenado y la de quienes lo acompañarían en esa empresa.

—¿Has estado en muchas acciones? —preguntó a Roberto con la intención de descubrir algún secreto que le permitiera acostumbrarse al mundo militar.

Roberto se sorprendió.

—En bastantes.

—Bueno... pero... ¿estuviste en tiroteos peligrosos?

—No conozco tiroteo que no sea peligroso.

Ahora se hace el difícil, precisamente cuando quiero que me cuente algo, que me transmita alguna impresión personal que pueda ayudarme, justo ahora enmudece.

—Te pregunto porque ya sabrás que la de mañana será mi primera experiencia, y por lo tanto estoy nervioso. Supongo que poco a poco se supera.

—El susto no desaparece nunca, si es que te referís a eso. —Roberto comenzó a adquirir el tono profesional que seguramente lo llevaría a dar los consejos que tanto necesitaba—. La cuestión es dominarlo y no dejarse llevar por el pánico, aun en las situaciones más complicadas.

El Inglesito buscó una silla, se sentó y escuchó con atención.

—¿Vos todavía tenés miedo?

—Claro que lo tengo, pero ellos también. Recordá que todos tienen miedo, la policía, nosotros, y ni te cuento los que en ese momento caminen por la calle y sean sorprendidos por los disparos. Pero al fin y al cabo, el susto es algo que se domina. Una vez que hayas participado en tres o cuatro operaciones, estarás más tranquilo. Y después va a comenzar a gustarte.

—Vos... ¿alguna vez mataste a alguien?

—No seas imprudente, hermano.

El Inglesito se desalentó.

—Sí, es verdad. Perdón.

—De todos modos, cuando la acción ha comenzado, todo es mucho menos dramático de lo que uno suponía. Caminando hacia el objetivo, la cabeza imagina cosas, aparecen algunos temores, es lógico que así sea. Pero una vez que suenan los tiros, cuando la gente corre y estás sumergido en la acción, esas fantasías desaparecen. Ese es el combate y hay que acostumbrarse a él sin perder la cabeza.

—Despersonalizarse... —pensó en voz alta.

—Exactamente, esa es la palabra. Despersonalizarse. Recordar que ellos son el enemigo al que tenemos que vencer. Y con mayor razón cuando se trata de un criminal como el que ajusticiaremos mañana. Él se lo merece, no tiene perdón.

Cuando muera... será un alivio.

—¿Alivio?

—Quiero decir... el tipo que vamos a liquidar mañana ha matado gente nuestra, ha torturado a compañeros nuestros. ¿Te das cuenta? Es un tipo capaz de serrucharte la cabeza sin que le tiemble el pulso. Tengo ganas de matarlo porque ese tipo no merece vivir. Entonces, mañana, cuando esté muerto, yo me voy a sentir más aliviado, porque es uno menos.

—Probablemente pondrán a otro en su lugar. —La frase escapó de su boca y se arrepintió enseguida de haberla pronunciado.

Roberto lo miró desconfiado.

—No te me hagas el reformista. Este es un acto de justicia revolucionaria. Estamos demostrando que existe una justicia paralela a la justicia burguesa. Y que ninguno de los crímenes que cometen va a quedar impune.

Es cierto, pensó el Inglesito, lo que afirma Roberto es cierto y yo sigo diciendo estupideces. No importa que pongan a otro que sea tanto o más feroz que este. Lo importante es el significado simbólico de la acción, la conciencia de que es posible ejercer la justicia desde el campo del pueblo. ¿Cuántas veces había utilizado ese argumento ante los indecisos?

—No, no quise decir eso —se disculpó—. Estaba pensando en que vamos a tener que matar a varios todavía.

—Ah... por supuesto... apenas empezamos.

Apenas empezamos y a mí ya me hubiera gustado terminar, pensó mientras trataba de imaginar sus propias reacciones al día siguiente.

—En una operación... —Roberto se entusiasmaba con sus consejos—. En una operación lo que hay que tener en cuenta es el control de uno mismo, contener el impulso de salir corriendo y desaparecer de la escena. Nunca hay que correr, aunque la cosa vaya mal, no hay que correr. Hay que retirarse. ¿Está clara la diferencia? En una ocasión —ahora tomaba impulso, gesticulaba y su mirada se ponía brillante— vi caer a un compañero que intentó escapar cuando todos nos estábamos retirando ordenadamente. Fue la única baja, porque quiso salvarse solo. No, nunca te vas a salvar solo.

—Quizá no tenía experiencia.

—Sí, tenía experiencia. Él sabía que en esos casos hay que actuar como un soldado y obedecer órdenes. Tener la cabeza fría. Nunca pudimos explicarnos qué fue lo que le impulsó a actuar así.

El Inglesito se levantó a buscar cigarrillos y prendió uno mientras miraba por la ventana las luces que se encendían en las casas vecinas. Anochecía bajo el cielo encapotado y una neblina oscura ocultaba las chimeneas de las fábricas.

¿Será necesario conocer todos estos recursos técnicos de la guerra? A pesar de la

ansiedad por introducirse en un mundo que le brindaría conocimientos indispensables para la acción del día siguiente, no lograba entusiasmarse con la conversación de Roberto, que ahora estaba inspirado y relataba la ocasión en que emboscaron a un patrullero pero todo salió mal porque perdieron la iniciativa debido a una mala dirección del responsable.

Recordó las lecturas iniciales de Clausewitz y el aburrimiento que le produjeron aquellas reuniones en las que se discutía la teoría militar. Había llevado los libros a su casa, los había revisado minuciosamente, frase tras frase, sin alcanzar el entusiasmo que advertía en sus compañeros, aunque con un sentimiento de culpa que lo acosaba. Al fin y al cabo, ¿quién se creía él? ¿Acaso el aséptico que desdeña las tareas sucias que toda lucha de clases lleva implícitas? ¿El que solo bebe aguas transparentes mientras los demás se meten en el charco?

Y si bien nunca había escuchado un reproche, no podía dejar de sentirse el depositario de cierto desprecio disimulado, cierto sarcasmo que sus compañeros intentaban ocultar tras la palmada de camaradería. ¿Era así? Pero ¿cómo censurarlos si ellos se jugaban la vida en la calle mientras él escribía documentos políticos y observaba y justificaba el desarrollo de la violencia sin participar? Había sido una buena decisión de sus camaradas incorporarlo en la acción de mañana, porque de esa manera lograría introducirse en una guerra que hasta ahora pasaba junto a él sin lastimarlo.

Salvo que muriera —y el pensamiento lo conmovió—, a partir de mañana sería otro Inglesito, el que participó en la ejecución de un torturador, el que supo empuñar la pistola sin titubeos, el que pulseó con la muerte en una calle cualquiera de Buenos Aires. Y si le tocaba morir, sabía perfectamente cómo sería recordado: cayó como un combatiente, dirían los compañeros. De una u otra manera, a partir de ahora tendría mayores reconocimientos en vida o su nombre sería recordado para siempre.

Giró hacia Roberto en el preciso momento en que este se levantaba.

—Tengo que irme. Todavía debo recoger un par de armas y luego volver a casa. Esta noche me acuesto temprano porque mañana hay que madrugar. ¿Estás bien? Quiero decir, ¿te sentís seguro?

—Sí. Estoy bien. Supongo que mañana estaré mejor.

—Seguro que sí, una vez que estemos todos en el auto, listos para entrar en acción, vas a ver que el miedo desaparece. En esos momentos... uno se siente muy bien con la adrenalina que recorre todo el cuerpo.

Acompañó a Roberto hasta la salida, le dio la mano y recibió una palmada de afecto que también quería transmitir ánimo.

Bueno, ahora estoy solo, se dijo, pero eso no lo ayudó mucho. Se sintió demasiado solitario para aguardar toda una noche completa, noche que presagiaba plagada de sobresaltos y temores. Faltaba mucho para que llegara un amanecer que se

anunciaba tan frío como el mismo acto que iba a protagonizar. Fue hasta la cocina para preparar la cena y descubrió que no había más que huevos, ni siquiera pan. Decidió que comería en la fonda de la avenida Montes de Oca.

Se puso el saco y comprobó que llevaba sus documentos en el bolsillo. Luego caminó hacia la puerta y antes de salir se detuvo frente al espejo. Con un gesto rápido, preciso, desenfundó un arma imaginaria y disparó tres proyectiles a su imagen.

## AROLAS

La madrugada avanzaba y el hambre comenzó a hacerse sentir en el estómago de Valtierra. La memoria lo trasladó entonces a los desayunos diarios con su madre. Dulce de higo con tostadas bien delgadas y crocantes, café con leche condensada, dulce de ciruelas hecho especialmente por ella. Jamón crudo que compraba en el almacén del gallego. Todas las mañanas, antes de ir al Departamento Central, pasaba por la casa de la madre y se sentaba frente a la mesa servida. No siempre tenía ganas de hacerlo, había días en que habría preferido quedarse un rato más en la cama, o desayunar en un café, pero cumplía con el compromiso asumido. Porque sabía que ella dedicaba tiempo y energías a preparar esa mesa prolija que garantizaba unos minutos de conversación.

Espero que esto termine pronto, se dijo, mientras miraba el reloj que avanzaba perezosamente. Las escasas veces en que había faltado al desayuno había sido por motivos importantes, y siempre con aviso previo para que no se inquietara. Conocía su ansiedad y por nada del mundo quería asustarla. Le había tocado sufrir en la vida y ahora, en su vejez, era justo que fuera feliz y no tuviera ningún motivo que perturbara sus últimos años.

—Comé, mi querido —repetía siempre—, que con la vida que llevás hay que alimentarse bien. Yo sé que te acostás tarde, que trabajás todo el día... comé. Hoy conseguí un jamón de mejor calidad que el de ayer —decía la vieja mientras untaba las tostadas con ese dulce que solo ella era capaz de preparar.

—No se preocupe, mamá, que yo me alimento bien —la tranquilizaba Valtierra, en mangas de camisa, después de haber guardado en el ropero el saco que envolvía la pistola y su granada de mano para no intranquilizarla con la vista de armas que ella conocía pero que a la vez temía.

—No pegué un ojo, anoche no pegué un ojo después de ver el noticiero donde mostraban el asalto al banco. Te busqué entre la gente pero no te vi. Estuve intranquila pensando en dónde estarías.

—Usted sabe que me cuido. No tenga miedo —respondía con una sonrisa mientras preparaba su segunda taza de café con leche condensada.

A veces, cuando no tenía ningún llamado del Departamento Central, aprovechaba para tirarse en el sofá y prolongar la mañana con un par de horas extras. Los días de invierno se dejaba caer en el sillón y la vieja lo cubría con una manta de lana. Entonces se arropaba con la agradable sensación de saberse en casa, rodeado por esos objetos familiares que lo acompañaron desde chico. El jarrón de porcelana, los caballitos chinos, el reloj de pie callado durante tantos años, el olor agradable despedido por ese sillón que tantas veces había pensado en retapizar.

Pero durante la semana eran pocas las ocasiones en que podía estirar el desayuno.

Una llamada o una reunión imprevista le obligaba a salir de apuro. El domingo, en cambio, era el día calmo dedicado a ella. Comían a la una y media, los dos solos, conversando de lo cara que se había puesto la vida y de los nuevos vecinos, de los que ya se mudaron y de las vicisitudes del carnicero con su mujer, que como todo el mundo sabe es una loca perdida. En algunas ocasiones él hablaba acerca de su trabajo, evitando siempre las situaciones de riesgo personal y todo aquello que pudiera impresionarla.

Le daba gusto contarle anécdotas policiales porque sabía que su vieja, al día siguiente, tendría tema de conversación con el verdulero, gran confidente de su madre. Le relataría las cosas de su hijo, las buenas acciones, daría datos que no salieron en los diarios porque eran secretos, y todo eso narrado en voz baja, con los labios casi pegados al oído de ese verdulero que seguramente, a pesar de la promesa de no revelar nada, desparramaría los chismes para lucirse con sus amigos.

El domingo era un buen día porque cuando terminaba con los raviolos dormía la siesta y se sentía a gusto. Un par de horas más tarde lo despertaría el olor de las tortas fritas que se cocinaban en la hornalla, y minutos después llegaría ella con una bandeja que apoyaría en el suelo. Acercaría una silla y juntos tomarían mate mientras alguna serie de televisión escandalizaría a la anciana. Salvo el verdulero y algunas amigas del barrio, el único contacto con el exterior que mantenía su madre era la tele. A través de ella se enteraba de que el mundo era un desastre y que las guerras se multiplicaban por todas partes.

Se quejaba de que en otros tiempos esto no sucedía y Valtierra le daba la razón. No lo hacía por conformarla, sino porque él también creía lo mismo. Su padre, que había llegado a comisario en un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, nunca tuvo que enfrentarse con delincuentes ni siquiera parecidos a los que ahora aterrorizaban a la población. Recordaba a su viejo, grandote y campechano, con el uniforme azul y el antiguo revólver 38 que se usaba en esas épocas. Venía a comer con su hijo mayor, oficial de la policía, y ambos contaban sus experiencias de la jornada. Valtierra los escuchaba con admiración y se prometía, una y otra vez, llegar a ser un gran policía.

Todo aquello había sido diferente. Su padre y su hermano combatieron a rateritos, ladrones de poca monta que se pasaban una semana en el calabozo y hasta se arrepentían de su acción. Encerraron a borrachos insolentes que se ponían pesados en los bares o les dieron unos bastonazos a los muchachones que los sábados por la noche pateaban tachos de basura y rompían faroles callejeros. Eso era todo. La delincuencia pueblerina pocas veces llegó a producir sangre.

Los tiempos habían cambiado, este era otro universo, el de la violencia diaria que provocaba la muerte arbitraria de servidores que eran hombres de familia, trabajadores que se esforzaban en hacer cumplir la ley. En muchas ocasiones se había

preguntado qué querían esos chicos. Si lo tenían todo, qué buscaban entonces, cuáles eran sus pretensiones. Mocosos de buena familia que lo habían obligado a alejarse de su actividad y de sus viejos amigos para meterse en un universo desagradable. Un mundo que no era el suyo. Comparándolos con los grandes delincuentes del hampa, cualquiera advertía la diferencia: ellos jamás habrían atacado a un policía indefenso y si podían evitaban el disparo. Les interesaba el dinero y no la muerte. Podían asaltar un banco y gastar los billetes con prostitutas, pero se cuidaban de usar el arma y solo lo hacían cuando sus vidas corrían peligro, porque esas fueron siempre las leyes del juego. Las leyes que todos habían respetado hasta la aparición de esa nueva delincuencia que Valtierra no lograba entender.

Esos domingos por la tarde no podía dejar de sentirse melancólico. Mientras la vieja cebaba mate su memoria le devolvía aquellas imágenes de su padre y su hermano, vestidos de azul, detenidos para siempre en el retrato ovalado que colgaba en el centro de la pared del comedor.

Frente al televisor, ya en la nochecita, quitaba los ojos de la pantalla y observaba el cuadro de esos dos hombres de quienes trataba de recuperar su conducta, su estilo del deber. Ellos habían sido vigilantes que pelearon contra ladrones. A él le tocaba ser un policía de otros tiempos, inflexible, severo y orgulloso de su honestidad.

Los domingos los pasaba con su vieja porque fue un domingo el día en que volcó el *jeep* de la provincial. Estúpidamente, un camino de tierra se había tragado a dos hombres de ley.

Después del accidente, cuando su madre no quiso vivir más en ese pueblo ahora vacío, partieron para Buenos Aires. Y poco después él se incorporó a la Federal con la aprobación de ella, siempre temerosa pero con el orgullo de que el menor, el preferido, siguiera el ejemplo de su malogrado esposo.

—¿Quiere café? —Uno de los policías, que aún jugaba con los dados, se levantó somnoliento.

—Sí, una taza grande porque tengo un poco de sueño.

—¿Les puedo llevar a los muchachos afuera?

Valtierra se acomodó el pantalón y miró el reloj. Las tres y media y seguía lloviendo.

—Sí —respondió.

Fue hasta el espejo y se miró. Estaba ojeroso y se descubrió avejentado. Una pequeña irritación le cubría los ojos y estaba despeinado. Algunas canas se infiltraban lentamente en su cabellera. Entró en el baño y se mojó la cara. No era la primera vez que aguantaba toda una noche despierto, pero se estaba volviendo viejo.

—Tenés una pinta bárbara —le dijo la secretaria del juzgado, aquella que se abrió de piernas después de la memorable pelea con el juez. Había pasado mucho tiempo desde que a esa muchacha le brillaron los ojos luego del portazo dado en las narices

de su jefe.

—Señor juez, con todo el respeto que usted me merece, he venido a pedirle que por favor no le dé mucha condena a Villagra.

—¿Y con qué derecho me pide usted tal cosa?

—Le prometí que a cambio de cierta información que me brindó y que permitió agarrar a todos los integrantes de una banda, yo lo ayudaría...

—Pues hizo muy mal. Yo no me mezclo en esas cosas. Ese es un problema suyo. Villagra tendrá todo lo que merece porque es un marginado social, un reincidente.

En el edificio de Tribunales los empleados salieron a los pasillos porque creyeron que Valtierra iba a matar al magistrado. Los gritos se escuchaban desde la planta baja y el juez amenazó con procesarlo por desacato, por atentado al fuero judicial. Pero Valtierra no se intimidó y siguió gritando que la justicia tenía que adecuarse a los hechos porque en caso contrario el país se transformaría en un nido de ladrones. Gritó que él había dado su palabra y no quedaría mal por culpa de alguien que no sabe manejar las cosas, que era un policía acostumbrado a combatir a los delincuentes en la calle y no detrás de un escritorio. Desafió al juez a que lo acompañara en las rondas nocturnas, en donde eran necesarios hombres de valor y no cagatintas. Al día siguiente llegó una citación de Tribunales y una queja escrita al jefe de policía.

Afortunadamente otros jueces intervinieron en el conflicto y todo quedó en el olvido. La única que no se olvidó fue la secretaria del juzgado, que se las arregló para encontrarse con Valtierra y llevarlo a la cama, entusiasmada por ese hombre que era capaz de gritar, golpear puertas y hacer temblar el edificio.

Pero la cuestión es que el comisario no pudo cumplir su palabra y Villagra empalideció seis años en una celda de Villa Devoto, mientras Valtierra rumiaba su bronca contra el cajetilla tribunalicio y en el Palacio de Justicia los jueces discutían sobre su comportamiento: es un prepotente, decían algunos; no, es un hombre bonachón, de poca cultura pero mucha capacidad intuitiva y leal a la justicia, respondían sus defensores.

Y fue precisamente la confianza que varios le prodigaban la que evitó, meses más tarde, que fuese a parar a la cárcel. Un abogado le ofreció una buena cantidad de dinero para ocultar un hecho y la bofetada fue tan fuerte que le produjo una fractura en el tabique nasal. El cargo fue de agresión, exceso de autoridad, desacato al fuero judicial y el Colegio de Abogados presentó una protesta que salió publicada en todos los diarios. La cesantía de Valtierra rondaba los pasillos del Departamento Central y si no se concretó fue gracias al apoyo de las autoridades que reconocieron en el comisario una fidelidad que pocos podían exhibir.

Un año después comenzaban los atentados, las bombas, los asaltos a las comisarías. Y el traslado a Contrainsurgencia. Y junto con el pase llegó ese viaje a Centroamérica, que ya ni quería recordar.

—Comisario. —El policía entró con las tazas vacías de café.

—Sí.

—Disculpe que me meta, pero los muchachos, afuera, están congelados.

Valtierra le dio la espalda, fue hasta una mesita y prendió la radio. Sintetizó *Una voz en el Camino* y escuchó la orquesta de Fresedo interpretando *Derecho viejo*.

—¡Arolas! —dijo en voz alta.

—¿Cómo?

Giró la cabeza.

—Nada, nada. Decile que entren.

## CLAUSEWITZ

—¿Desde cuándo lees a Clausewitz? —El padre, en el medio de su habitación, sostenía el libro entre sus manos y lo interrogaba con un gesto de sorpresa, sonriente y a la vez curioso—. No me digas que...

El mozo acababa de servirle el plato de comida y el Inglesito se preguntó si había hecho bien en ir al restaurante. No tenía hambre y cada bocado se demoraba entre los dientes produciéndole la misma sensación de la niñez, cuando la madre trataba de obligarlo a comer en interminables sesiones que se trasladaban desde la cocina hasta el comedor y desde la sala de estar hasta el dormitorio, siempre con la cuchara cargada de sopa. Pero necesitaba hacerlo, debía comer para intentar disminuir ese vacío en la boca del estómago que lo acompañó durante todas las actividades de esa semana que recordaba como la más oscura, tal vez agria, de su vida. Faltan pocas horas, se consoló, tratando de infundir un poco de ánimo a ese cuerpo inseguro.

Había muy pocas mesas ocupadas en el bodegón y todos los clientes tenían la vista fija en el televisor ubicado sobre la pared. En la pantalla una pareja se besaba en el final feliz y la cámara se alejaba lentamente dejándolos solos y cada vez más pequeños en un prado cubierto de hojas movidas por el viento. Con la palabra fin algunos comensales pidieron la cuenta y partieron hacia sus casas.

—¿Desde cuándo lees a Clausewitz? No me digas que... —Aquella pregunta, formulada tantos meses atrás, en su casa paterna, volvía una y otra vez a su cabeza.

—Hace tiempo que quiero hablar con vos, papá. —El Inglesito sonrió, las manos en los bolsillos del pantalón, junto al marco de la puerta de su habitación, balanceándose de un pie al otro.

—¿Hablar de qué? —En el rostro intrigado del padre había un gesto que confundía la curiosidad con el desdén.

—Si me preguntás en ese tono, de nada. Te propongo que nos sentemos y me escuches. ¿Está bien?

Durante unos segundos, la mirada del padre se mantuvo clavada en los ojos de su hijo. Trataba de anticiparse al diálogo y conocer las respuestas que daría, imaginaba los argumentos y cada una de las palabras que serían dichas, porque en un segundo adivinó todo lo que podía adivinarse, lo que transcurriría en el instante que siguiera a ese silencio. Lentamente, como si de golpe tomara conciencia de sus sesenta años, de que había transcurrido tanto tiempo, tantos años, se sentó.

—Quizá sea por influencia tuya... —El Inglesito escuchó sus propios sonidos, que salían de la boca fácilmente, expulsados por la necesidad de expresar lo que durante varios meses había callado—. Bueno... seguro que por influencia tuya me han interesado los problemas sociales. Ya sabés que mis ideas son de izquierda y aunque nunca te lo hayas tomado muy en serio, he actuado en la facultad con bastante

éxito, estoy al frente de una agrupación estudiantil y últimamente, por mi condición, he tomado contacto con algunos sindicatos combativos. Me importa mucho todo esto, me preocupan los temas políticos, la acción política me gusta y estoy decidido a dedicar todo mi esfuerzo a la lucha por la justicia social.

Tenía el tono de una confesión, pero a la vez existía cierta complicidad que había nacido luego de muchos años de charlas en las que ambos tuvieron la necesaria confianza para hablar francamente. Pero esta vez había una diferencia. Entre los dos se encontraba un objeto que despertaba recelos: ese libro que el padre todavía sostenía en las manos, apoyadas sobre las rodillas, con la actitud de quien pareciera que va a exigir cuentas sobre un acto bochornoso cometido a sus espaldas. Desde Jack London hasta Ingenieros, el hilo que siempre los aproximó fueron los libros, las lecturas que el Inglesito recibió como herencia natural, contacto que creaba pensamientos comunes o enfrentados pero que tenía un mismo punto de partida: los libros, la discusión sobre un párrafo, la revisión de conceptos en viejos textos, la interpretación de una frase, el subrayado de una línea. Sabía que frente a un libro podría discutir horas con su padre, alejarse del tema y perderse en los vericuetos de las palabras, regresar al origen y volver a perderse. Guía de lecturas, conductor en la fantasía o en la áspera historia de la lucha de clases, el Inglesito reconocía en su padre a la persona que lo introdujo en la lectura como quien lleva a su hijo de la mano a través de un laberinto que desemboca en la razón. «Aquí está la luz», le había dicho muchos años atrás, señalándole la biblioteca, y él río de la imagen romántica del viejo. Pero en el fondo también creía, como él, que en las páginas de esos cientos y cientos de libros se podía encontrar lo más aproximado a la verdad, aquello que trazaba la búsqueda de los hombres.

También en esta ocasión era un libro el que los ponía frente a frente para discutir, pero este los alejaba en vez de unirlos. El volumen estaba entre ellos para convertirse en barrera. Y no por el contenido del texto —cuántas veces habían elevado la voz para discutir sobre Marx—, sino porque detrás del súbito interés por los temas de la guerra, el padre estaba descubriendo que se había producido un cambio que trasladaba la acción de la universidad, el debate de las ideas, el discurso estudiantil, la disputa de centros universitarios, al ámbito siempre despreciado y también temido de las armas.

Las palabras brotaron solas, fueron cayendo una a una sobre el viejo que ahora tenía los ojos grises. Y el Inglesito se descubrió hablando del agotamiento del sistema político, de farsas institucionales, de la sobreexplotación de mayorías agobiadas, del descreimiento de una sociedad que no encontraba alternativas gracias al fracaso de una generación que no supo hallar respuestas. «Y no te echo la culpa a vos». Sintió que cada una de las vocales que surgían incontenibles de su garganta se unía a otras para conformar palabras, frases, en un discurso inagotable que se armaba espontáneo,

juicioso, pero apasionado. Y agradeció el aprendizaje junto a su padre, los principios que había recibido, la necesidad de volcar su pensamiento en los demás, porque así debía ser, porque era justo. Habló de los conceptos de justicia que él, su padre, le transmitió, de la importancia de que esa justicia alcanzara a todos los hombres. Se descubrió hablando de las enseñanzas de los que como él, «como vos», estaban más allá de intereses herméticos, mezquinos, miserables. Reflexionó sobre la imposibilidad de insistir en políticas tradicionales que ya demostraron su fracaso, de la insurgencia obrera que se expresaba en las calles, por fin, en las calles y en nombre de una libertad siempre negada, de la incansable búsqueda de la verdad que él, su padre, le enseñó a través de ejemplos, de conductas, de gestos cotidianos. Y ahora, esa formación de un pensamiento no encontrado en la escuela, sino en valores familiares, le señalaba que ya se llegó al límite, al agotamiento total, al fin de toda esperanza conseguida mediante la palabra, el argumento, la razón. Ese era el momento de rebelarse, de comenzar una acción que culminaría con el desbarajuste de los dominadores y arrogantes, de los dueños de verdades que ocultan la iniquidad y el hambre, la vergüenza y el temor. Llegó el fin de una historia y ha comenzado otra, diferente, hermosa, y ahora sí, verdadera. Porque se haría con las armas pero para prolongar la vida, porque sería con la guerra pero con el corazón. Los argumentos fueron precisos, abiertos, fueron contundentes y se prolongaron durante una hora, dos horas de monólogo inagotable. Hasta que el Inglesito se quedó callado, mirando los ojos grises de su padre que se enfrentaban a los suyos, brillantes, encendidos.

Y fue entonces cuando esos ojos se cubrieron de nubes, negras nubes que fueron recorriendo un rostro velozmente envejecido y grave, un rostro que sería desde ese momento, y para siempre, desconocido.

—Pero yo no te enseñé a matar hombres —dijo el padre, y se puso de pie—. Si esa decisión es irrevocable, tenés veinticuatro horas para irte de esta casa.

Ahora, mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero y tomaba el último sorbo de vino, recordó el dolor de esa ruptura, primer dolor que le había producido esa guerra en la que estaba participando desde un año atrás, pero que recién mañana iba a comenzar verdaderamente, esta vez sí con estruendo de disparos y también con sangre. Mañana iba a ser el día en que por primera vez su pensamiento sería arrastrado hasta el límite, porque ya no serían las palabras sino los metales los que dirían aquí estoy, he llegado para imponer otro lenguaje, soy la respuesta a tantos años de silencios obligados, de censuras soportadas, yo soy el triunfo, soy el derecho, ahora me escucharán porque represento a millones de voces apagadas.

Salió del restaurante hacia su casa y caminó bien pegado a la pared para evitar la lluvia casi oblicua, apenas torcida por el viento que soplaba desde el sur. El sabor que tenía en la boca no era del vino recién bebido ni de la comida de la que apenas había probado unos bocados, era el sabor áspero que le devolvía el recuerdo de aquella

última y definitiva conversación con el padre.

## EL VIAJE

—Valtierra, tengo una noticia mala y una buena, ¿cuál quiere que le diga primero?

—La que quiera.

—La buena es que lo mandamos tres meses al exterior para hacer instrucción.

—¿Al exterior?

—A Centroamérica.

—¿Centroamérica?

El cielo se derrumbó. Tres meses en Centroamérica, repitió una y otra vez en su cabeza. Centroamérica en sus oídos sonaba como China, Alaska, sonaba como el peor castigo que podían ocasionarle. Permaneció en silencio mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

—Y la mala es que a su regreso no estará en Robos y Hurtos. Lo pasan a Contrainsurgencia. Ya no lo vamos a tener más entre nosotros. Le puedo asegurar que vamos a extrañarlo muchísimo, pero de todos modos esto significa un importante jalón en su carrera.

El cielo se derrumbó otra vez. Un balde de agua helada arrojada en su cara, un *cross* directo a la mandíbula que lo hizo tambalear. No podía creer que la suerte le abandonara de esa manera. No dijo nada porque supo que era una demostración de confianza y, efectivamente, un ascenso en el escalafón. Pero la noticia le cayó como una patada en el hígado. ¿Qué carajo iba a hacer en Centroamérica?

Sin que nadie le advirtiera nada, Valtierra adivinó que los siguientes tres meses serían los más largos de su vida y quedarían grabados en su cabeza y recordados para siempre con dolor de estómago.

Semanas enteras de instrucción, sin descanso, comiendo porquerías enlatadas, con un calor húmedo intolerable, con mosquitos y víboras que aparecían detrás de cada matorral. Semanas sin bañarse y con la ropa pegada al cuerpo, durmiendo en el suelo. Soportando negros y también rubios. Rubios casi albinos, prepotentes que apenas balbuceaban el castellano y se masturbaban mirando revistas con rubias desnudas y pecosas.

Lo tuvieron en la selva, con uniforme, corriendo entre árboles como si fuera un mono, le obligaron a meterse en pantanos mugrientos, arrastrarse por el barro, quedarse días enteros sin moverse, sin fumar, sin decir ni una palabra. Le gritaron órdenes como si fuera un recluta, lo retaron como a un chico que se ensucia en los pantalones.

En silencio, aceptando el trato, Valtierra soportó esos meses con los dientes tan apretados que por las noches le dolía la mandíbula. Sabía que una sola palabra hubiera bastado para ensuciar su carrera. El premio a su dedicación policial se convirtió en el gran castigo, el más grande que hubiera recibido en su vida, y necesitó

clausurar la cabeza para olvidar el olor de esa gente tan distinta, de ese trópico pegajoso, transpirado y oscuro como sus habitantes.

El viaje de regreso transcurrió con una mezcla de alegría y temor. Ansiaba llegar a la ciudad y recorrerla nuevamente, vestido con pantalón y saco, con zapatos lustrados, con camisa limpia y corbata, como corresponde, confundido entre los autos y los ruidos del centro. Pero también inquieto por un posible destino en el interior del país, allá en el norte, donde los conocimientos adquiridos pudieran ponerse en práctica con los extremistas que había en el monte. Ese pensamiento le perturbaba, le quitaba el sueño porque sabía que no podría cumplir con ninguna misión que lo sacara de Buenos Aires para llevarlo a la selva. Ni siquiera a otra ciudad que no fuera Buenos Aires. Si eso ocurría, si sus superiores le ordenaban un traslado, en ese caso se prometió que no aceptaría. Prefería mandar todo a la mierda y dedicarse a otra cosa, entregar su placa de policía y poner un quiosco en Barracas, una florería en Chacarita o trabajar como taxista.

Pero de aquí, de esta ciudad, dijo para sí mientras el avión sobrevolaba la capital y se disponía a aterrizar, de aquí no me mueve nadie.

Sus temores fueron infundados. Sus compañeros le aseguraron, el mismo día de su llegada, antes de que hubiera abierto la valija, que no habría ningún traslado al interior del país. Mucho menos al monte. «Acá en Buenos Aires hay mucho para hacer». Lo sorprendieron, además, con una fiesta inolvidable. Fueron todos al puerto y abordaron un barco petrolero japonés que traía de contrabando más de cincuenta cajones de *whisky* de Escocia. Arrearon a las mejores prostitutas que encontraron en la calle y pasaron una noche en la que Valtierra se quitó de encima toda la tierra centroamericana. El capitán del buque, un enanito amarillo, fue la atracción de la fiesta: lo obligaron a correr desnudo por la cubierta tratando de alcanzar a una paraguaya disfrazada de vedette que apretaba plumas entre las nalgas.

La embajada de Japón se abstuvo de realizar la denuncia para evitar involucrarse en un episodio que contrariaba la ley argentina. El capitán, en cambio, fue castigado por aceptar el transporte de un cargamento de contrabando.

El viaje tuvo un aspecto positivo, reconoció el comisario, aunque doloroso. Terminó con un noviazgo que se insinuaba cada día más formal y que se encaminaba a un casamiento que le producía escalofríos. Dorita jamás había tocado ese tema. Salían juntos como pichones y la relación era espontánea porque ella era capaz de convertir en sencillo todo aquello que fuera complejo y difícil. No temía hablar de las cosas cuando él iniciaba, siempre trabajosamente, con palabras que no llegaban fácilmente, una conversación que podía parecerle comprometida. Pero siempre se cuidó de mencionar una palabra que de todos modos rondaba por la cabeza de ambos: casamiento. Para ella, casamiento significaba cumplir con una ley de la vida que hasta ese momento se había retrasado vaya a saber por qué jugada del destino. Era

cerrar el círculo de la existencia, triunfar en la realización personal, perpetuarse a través de los hijos que imaginaba cuidando con amor, protegiendo con esa aptitud maternal de la que se sabía dotada con vocación innata. Una mujer que no tiene hijos se marchita, se pone agria porque el cuerpo fue creado para engendrar niños y si no lo hace hay órganos que se atrofian, se secan para siempre y dan lugar a mujeres resentidas que desconocen que el cincuenta por ciento de su cuerpo ha quedado sin florecer. Pero a pesar de ese intenso deseo maternal, Dorita era incapaz de mencionar el tema porque conocía muy bien al hombre que todas las semanas pasaba a buscarla por su casa. Hablar de casarse y tener hijos era plantar un espantapájaros en medio de un prado fértil, inmediatamente asustaría a un solterón solitario que luchaba entre las ganas de caer en la trampa de la familia y el deseo de mantener su condición de rebelde.

Esperaba. Sabía que en algún momento sería él quien tendría que elegir y para eso nada mejor que evitar una insinuación que se transformaría en acorralamiento. A su edad, Dorita sabía manejar la paciencia y las incertidumbres, particularmente con un hombre como Valtierra, el más difícil de los hombres que había conocido. Esperar, había que esperar hasta que el tiempo madurara lo que parecía inevitable.

Existía, sin embargo, un tema que le preocupaba. A pesar de las audaces caricias del comisario nunca se concretaba lo que ella estaba esperando como consecuencia natural de los deseos que provocaba. Fueron muchas las noches que en el auto, el cine, o cubiertos por el mantel de un restaurante en penumbras, Valtierra adelantaba la mano entre las piernas y la subía hasta los muslos para descubrir el placer que iba creciendo junto con otra urgencia que lo convocaba. Jamás realizó el menor gesto para impedirselo, lo dejó hacer y a medida que aumentaba su gozo por el tacto de ese hombre que parecía prometerle la satisfacción que ella esperaba, entreabrió su cuerpo para indicarle que podía tomarlo, que bastaba una palabra para que ambos pudiesen alcanzar lo que para Dorita era la cúspide del amor. La adolescencia de inhibiciones ya estaba muy lejana y se sentía muy adulta para proteger castidades impuestas por el barrio y la familia. Nunca se había permitido el juego de muchos hombres ni de amante pasajera, pero precisamente por adulta sabía que la cama era un territorio necesario para calmar necesidades y añadir la intimidad que estaba faltando entre ellos.

Dejaba, entonces, que las manos de Valtierra la encontraran y se sentía palpada tramo a tramo mientras ella misma buscaba con su lengua el paladar y apretaba la cintura de ese policía que, de pronto, sin transición, la abandonaba para hablar de otra cosa, cambiar de tema, buscar una excusa mientras acomodaba su corbata y buscaba un respiro que enfriara el instante. Esas noches, ya en su casa, Dorita trataba de encontrar en el espejo el motivo del abandono. Su cuerpo desnudo, lo sabía muy bien, era atractivo en el reflejo de la imagen y estaba tan entero como en su juventud.

Intentaba adivinar en esos momentos la razón de la premura por interrumpir las caricias, cortar la atracción, dejar suspendido un deseo que la acompañaba sin compasión.

No encontraba en Valtierra ningún signo de abstinencia, sus gestos demostraban todo lo contrario. La tocaba como un varón hambriento que está a punto de hacer suya a una mujer. Presumía entonces que era su propia inexperiencia la que desalentaba al hombre. A esas noches de frustrados deseos se añadía el peso culposo de estar haciendo algo mal, de no adivinar el código que seguramente le estaba exigiendo el comisario.

Si la deseaba, si era evidente que se volvía loco por ella, ¿qué le impedía concretar un acto que a fin de cuentas expresaría el amor y estaría limpio de toda impureza? Ese pensamiento atormentaba a Dorita, aunque su instinto le aconsejaba evitar cualquier mención del asunto. Tenía la certidumbre de que ese era un tema muy difícil de hablar con Valtierra, siempre acostumbrado a los silencios.

Quizá allí estaba el motivo por el cual se postergaba esa palabra que no había sido pronunciada pero que seguía presente en ella y que, a la vez, adivinaba en la cabeza de Valtierra: casamiento. Unión hasta que la muerte los separe, vínculo de vida eterna, iniciación a la maternidad y a la dicha que solo puede otorgar la familia como voluntad de Dios.

La voluntad de Dios se manifestó, para el comisario Valtierra, a través de ese viaje que interrumpió las visitas semanales, los cines y los bailes del sábado a la noche, interrumpió el presentimiento de que esa relación era mucho más que una calentura pasajera y que precisamente por eso, porque no se terminaba en una encamada como Dios manda, se había convertido en un lazo peligroso que podía llegar a atarlo de pies y manos.

## MALOS PENSAMIENTOS

Se sienta y prende la luz. Las imágenes pasan tan velozmente por su cabeza que pocos minutos antes dudó si estaba dormido o despierto. Mira el reloj y son las tres de la madrugada. Tres horas precisas de revolverse en la cama entre suspiros y frustrados intentos de poner la mente en blanco. Le da pereza levantarse porque el frío es muy intenso y se cuele a través de la vieja ventana y por debajo de la puerta. Junto con el aire helado se filtra el apagado repiquetear de la lluvia que no cesa. Pero sabe que no podrá forzar un sueño que ha retrocedido ante el asalto de rostros, diálogos, oscurecidos semblantes que se cruzan fugaces, inasibles, apresurados como en viejas películas mudas. Se sienta en la cama y prende la luz con la esperanza de detener ese caudal de pensamientos ingobernables que brincan sin fijarse en ningún sitio. Se levanta y sobre el pijama se cubre con la frazada, se calza medias de lana y pasa al otro cuarto, en el que si hubiera una mesa debería cumplir las funciones de comedor. Se sienta sobre los almohadones en el suelo y trata de meterse en el libro abandonado hace dos días.

*Rombos de sol ponían su mosaico de oro en la tierra negra de la glorieta. A lo lejos sonaba el yunque de una herrería, innumerables pájaros echaban a rodar sus gorjeos entre las ramas. Erdosain chupaba la flor blanca de la madreSelva y el Buscador de Oro, los codos apoyados en las rodillas, miraba atentamente al suelo. Fumaba el Rufián y Erdosain espiaba el mongólico semblante del Astrólogo, con su guardapolvo gris abotonado hasta la garganta. Siguió a estas palabras un silencio molesto. ¿Qué buscaba ese intruso allí? Erdosain súbitamente malhumorado se levantó, exclamando:*

*—Aquí habrá toda la disciplina que ustedes quieran, pero es absurdo que estemos hablando de dictadura militar. A nosotros solo pueden interesarnos los militares plegándose a un movimiento rojo.*

Recuerda que ha dejado los cigarrillos sobre la mesa de luz y se levanta a buscarlos. Prende uno y regresa a los almohadones, pero el libro ya no le importa. Un sordo malestar le obliga a ponerse de pie nuevamente y entrar en la cocina. El café ya no podrá quitarle el sueño y en cambio puede reconfortarlo. Si su cabeza se trasladara a esas noches de vigilia en medio del monte, con el fuego a sus pies y las sombras que danzan en las copas de los árboles, simulando el acecho de antiguas fieras ya cazadas... Las jarras de aluminio que queman los labios y el café espeso preparado minuciosamente por el padre que está orgulloso por haber derribado al jabalí con el primer disparo. Se concentra en aquella escena y obliga a su mente a recordararla.

—¡Cayó fulminado!

—Ya lo dijiste tres veces, papá. Si te parece, cuando volvamos a casa te entrego una copa que tenga grabada la frase «¡Al mejor cazador del Universo!».

—¡Envidioso!

—¡Farabute! Un verdadero farabute. ¡Con ese calibre hasta un elefante cae al primer disparo!

—¡No es verdad, con esta misma carabina disparaste tres veces el mes pasado! ¡Y todavía estaba vivo cuando nos acercamos! Hay que reconocer que tengo muñeca...

—Es verdad, muñeca para el comité.

—Ah, apareció el izquierdista de bolsillo.

Noches que pasaban veloces, que se iban entre bromas y anécdotas sobre Yrigoyen narradas con esa voz grave de cuerdas vocales desgastadas por los discursos en comités provinciales, entre correligionarios de saco y corbata. Amanecía con demasiada rapidez, sin dar tiempo a que el padre terminara el descargo por la muerte de Lencinas, descargo que asumía con vehemencia ante la irónica acusación formulada por su hijo. Las estrellas se iban borrando antes de que se disiparan los enojos contra el diario *Crítica*, instigador del golpe, o contra los traidores de los antipersonalistas que habían logrado engañar al pueblo de Entre Ríos. La luz iba creciendo como si estuviera apurada por encegucen una historia antigua narrada con ademanes y palabras doctoralmente pronunciadas. El Inglesito escuchaba atento, exigiendo más detalles, defendiendo a los socialistas que habían ganado la Capital Federal y oyendo las argumentaciones que hablaban de la senilidad del caudillo que perdió votos gracias a la mediocridad de sus segundos. Trataba de imaginar al presidente enfermo, asediado, arrinconado por una ciega oposición que se hundiría históricamente, pero siempre doctrinario, leal a sus convicciones. Esas noches eran buenas porque la historia aparecía en fragmentos, en pequeñas anécdotas, en diálogos sustanciales que revelaban a un protagonista apasionado pero fiel, quizá demasiado aferrado a un liberalismo que el Inglesito sabía moribundo.

En esas noches el reloj no se detenía, como ahora está detenido, clavado en sus agujas que se mueven trabajosamente, apenas impulsadas por la pereza.

Regresa a sus almohadones, pero ni la reflexión de Erdosain logra calmar la ansiedad del pensamiento que crea escenas de disparos en un escenario que está muy lejos de aquellos montes oscuros y acogedores. Esos disparos que se repiten incansables se escucharán en pleno día, entre edificios y autos, entre la gente que observará asombrada la caída de un cuerpo acribillado sobre las baldosas. Trata de imaginar el después, una vez consumada esa muerte que ocurrirá dentro de pocas horas, cuando transcurra esta noche de insomnio, pero el pensamiento lo traiciona, no le otorga ninguna chance, lo sumerge en el preciso instante en que los proyectiles saldrán disparados contra un hombre al que conocerá en el momento de matarlo.

¿Alcanzará a verle la cara? ¿Se arrodillará para pedir perdón por sus torturas?

¿Llorará en el suelo, herido ya de muerte, mientras ellos terminan de ultimarlos? El Inglesito escucha las sirenas policiales que se acercan y se ve a sí mismo tirado en la calle, alcanzado por disparos, boqueando sangre, mientras su auto se aleja y en él sus compañeros que lo abandonan al comprobar que sus ojos se están cubriendo con una escarcha incolora, tan similar a la que ha visto en los animales durante las madrugadas en la sierra.

¿Cuál será el comentario de su padre si a él le toca morir mañana? Intenta evitar el pensamiento pero su mente no obedece ninguna orden. Imagina la escena de la llamada telefónica y no puede dejar de sentir cierto placer doloroso al escuchar la comunicación que anuncia su propia muerte. Esta mañana ha dejado todos sus datos personales a la célula que aguardará el resultado de la acción. En un papel diminuto ha escrito su nombre, su dirección y a quién comunicarle su arresto o deceso. Allí figura el nombre de su padre y el teléfono de Córdoba. Pero sabe, porque esas cosas se saben, que en la acción de mañana no puede haber detenidos. Si algo sale mal habrá muertos, porque las posibilidades de sobrevivir en una cárcel no existen cuando se mata a un policía. Escucha entonces la voz de su padre que descuelga el teléfono y también la voz seguramente nerviosa del compañero que preguntará por el doctor y que no se identificará, que habrá de iniciar el diálogo con cierto cuidado, probablemente diciendo que su hijo ha sufrido una herida muy seria, que se teme por su vida, que en realidad hay pocas esperanzas. Irá introduciéndose en el tema de la muerte para responder al fin, cuando su padre requiera datos más precisos, cuando advierta la ansiedad de su padre que quiere conocer la verdad, que sí, que su hijo ha muerto valerosamente en combate porque era un revolucionario, dirá la voz, que supo entregar la vida por sus convicciones. Habrá un silencio prolongado solo interrumpido por las interferencias de la llamada de larga distancia, y la recomendación final para que reclame el cadáver a la policía, o vaya uno a saber, directamente a la morgue. El padre preguntará quién habla y el compañero responderá, el Inglesito lo sabe, que habla un compañero que conoció a su hijo y que admiró el valor demostrado por ese combatiente querido por todos.

¿Qué hará el padre si todo esto sucede? Quizá llore en silencio, quizá pegue con sus puños en las paredes, quizá se arroje sobre la cama y se deje estar durante horas en penumbra, con esa tristeza que él conoció o supo intuir en su rostro muchas veces. Después elegirá las palabras adecuadas para comunicar la noticia a su madre y el clima de tragedia invadirá cada uno de los rincones de la casa, el dolor recorrerá las habitaciones, se adueñará de cada objeto y durante mucho tiempo el llanto sorprenderá, espontáneo, la vida cotidiana de sus padres. Los ojos ya no serán los mismos, las miradas estarán ausentes, lejanas, perdidas, posiblemente culpables.

La angustia le obliga a levantarse y prender la radio. Están tocando un tango muy conocido. Pero no recuerda el nombre, aunque en realidad son muy pocos los títulos

que podría reconocer. El piano golpea fuerte y lo que parecen ser violines se dejan caer y arrastran el sonido en un descenso que luego chocará con toda la orquesta, que nuevamente sube la intensidad de la melodía. Prepara una nueva taza de café y busca apaciguar la incertidumbre con otro cigarrillo. Se siente solo y ahora necesitaría la compañía de Roberto para recuperar de él, o mejor dicho robarle, esa seguridad que lo desborda. El locutor informa de que acaban de escuchar a Fresedo interpretando *Derecho viejo*, pero el Inglesito ya no lo oye. Piensa en Roberto y en esa personalidad fuerte que muchas veces admira pero de la que también desconfía. No es posible, se dice, que le guste todo esto, algo debe de funcionar mal en su cabeza. Porque después de todo —el Inglesito bebe café parado en la cocina—, después de todo...

Deja la taza y se asoma por detrás del vidrio de la ventana. La lluvia parece un acto interminable de pesadas gotas que no varían su intensidad y ahora el locutor recuerda a los camioneros que manejen con cuidado porque hay tramos de la ruta ocho que están anegados. A los automovilistas les recomienda que no encandilen a quienes circulan en dirección contraria y que tengan cuidado con el sueño, peligroso enemigo del viajero. Y aquí va para ellos *Tres esquinas*, cantado por el inolvidable Ángel Vargas.

Se acerca a la radio y la apaga. Le causa gracia esa insistencia de los porteños en rememorar un Buenos Aires que ya no existe. Y que posiblemente no existió nunca. Barrio de ochavas, viejos baluartes, malevos y arrabales donde crecen glicinas y siempre aparecen los malvones, como si los malvones formaran parte de la historia. ¿Cuándo fue esa ciudad de malevos?, se pregunta, mientras su pensamiento solo recuerda lecturas de obreros del Dock Sud combatiendo contra las ligas patrióticas, obreros polacos, italianos y rusos anarquistas que hacían flamear banderas negras y rojas. Trabajadores conscientes de su condición de clase que traían espíritus revolucionarios a aquel Buenos Aires atrasado. Quizá en esas épocas existieran malevos y faroles callejeros. Los porteños viven en un pasado inexistente, se dice mientras regresa a la cama convencido de que ha logrado engañar a su cabeza y que ahora el sueño se irá acercando a los párpados hasta que caigan herméticos para impedir extraños pensamientos.

Se tapa con las frazadas y se acurruca entre las sábanas ahora heladas. Cierra los ojos y trata de evocar las calles de su provincia que no encierran recuerdos de guapos con cuchillos pero poseen, en cambio, aires límpidos y siestas bochornosas que inevitablemente lo trasladan a escenas de caricias con muchachitas de lindos cuerpos. Muchachitas conocedoras de fórmulas precisamente descubiertas durante esas siestas, penumbras frescas con manos que se tocan con el entusiasmo de guardar secretos para los adultos que duermen en cuartos contiguos. Siestas provincianas habladas en susurros mientras las blusas se abren y las faldas caen al suelo de mosaicos y otra vez el juego de tocarse hasta que impulsos imperiosos los empujan hacia sábanas frescas

y no heladas como estas ahora. Sonrisas cómplices en siestas donde el juego del doctor ya se ha convertido en un divertimento de adolescentes que saben desflorar virginidades con la misma espontaneidad con que sufren amores imposibles. En esas tardes se escuchan radios lejanas, prendidas en casas vecinas, y ahora el Inglesito logra quedarse dormido en este cuarto gélido que resiente el golpeteo de la lluvia cargada de hollín al atravesar el cielo de Buenos Aires.

Se queda dormido con la imagen de esa siesta apacible, dulzona, que le devuelve sensaciones que parecen ser antiguas pero que en realidad son recientes porque han ocurrido hace poco, aunque la memoria envuelva los recuerdos con un baño de melancolía que los transforma en episodios lejanos. Se duerme con el pensamiento libre de asedios y su cuerpo, encogido en sí mismo, se afloja sin temores. Pero la ensoñación dura pocos minutos. Es un trueno demasiado cercano el que hace vibrar el vidrio de la ventana y lo sobresalta. Abre los ojos y en ese preciso instante, cuando recupera la conciencia y se encuentra otra vez en esa intolerable habitación sometida por la tormenta, el Inglesito alcanza la certeza, por primera vez, del aborrecimiento que siempre ha sentido hacia Roberto.

Sorprendido por el descubrimiento, abre los párpados en la oscuridad y espera a que su mente vaya conformando las ideas que surgen solas y que lo atemorizan. Está equivocado, se dice, está equivocado Roberto, jugador funesto, apostador del riesgo, buscador de emociones que lo ubican, cree él, por encima de todos los seres temerosos de la muerte. Descubre, en ese momento, que no hay espacio para quienes, como Roberto, se alivian ante ese acto que sucederá mañana. Está equivocado, repite, mientras se sienta nuevamente en la cama y busca a tientas los cigarrillos dejados en el suelo. Ese policía que dentro de unas horas quedará tirado sobre el pavimento es la representación, el símbolo, la imagen de la muerte. Por eso deberá morir. Porque habremos matado a la muerte, se convence mientras prende el cigarrillo y resuelve, de una vez por todas, que no vale la pena insistir en un sueño que no llegará.

Pero junto con esa convicción, el Inglesito se sobresalta al descubrir que también Roberto es un engendro. Que toda esa estructura que lo mantiene firme y altivo, su cabeza, todas sus ideas, todo, se desmoronará cuando ya no haya nadie a quien matar.

Y ahora, sorprendido por el desarrollo de su propio pensamiento, el Inglesito llega a otra certeza, la certeza de que están criando a quien algún día se convertirá en implacable policía de una sociedad que no los necesitará. Y entonces el juego de la muerte será interminable.

Se asusta. Está dudando de la integridad de su propio compañero. Está desconfiando de quien como él busca abrirse paso para llegar a una nueva sociedad. Cómo puede creer eso cuando Roberto está dispuesto a llevar sus convicciones hasta el límite de la vida sin titubeo alguno y él, en cambio, se estremece, tiembla y se angustia como una niña. Su pensamiento le asusta y trata de descartarlo, pero es tal la

certeza de que ha llegado a la verdad que no logra expulsarla de su cabeza. ¿Qué hará Roberto cuando la violencia ya no exista, cuando la lucha no exija cargar con una pistola? ¿Qué hará? Quizá estemos engendrando monstruos, trata de decirse el Inglesito, aunque teme confesárselo porque un profundo sentimiento de vergüenza se apodera de él y le impide continuar el hilo de su pensamiento. Pone su mente en blanco, pero la palabra «monstruo» le queda adherida al cerebro y no consigue echarla a pesar de que nuevamente se levanta y camina hacia los almohadones desechando sus descubrimientos. Esta vez lo hace con la decisión de permanecer despierto hasta el amanecer porque ya se ha convencido de que esa noche es una noche de miedos y muy perturbadores pensamientos.

Abre el libro de Arlt y con sus ojos cansados busca el párrafo abandonado; está hablando el Astrólogo:

*Y yo quiero la revolución. Pero no una revolución de opereta. La otra revolución. La revolución que se compone de fusilamientos, violaciones de mujeres en las calles por las turbas enfurecidas, saqueos, hambre, terror. Una revolución con una silla eléctrica en cada esquina. El exterminio total, completo, absoluto, de todos aquellos individuos que defendieron la casta capitalista... Después vendrá la paz...*

## DESPIERTOS EN BUENOS AIRES

Mucha gente estaba despierta en esa noche de Buenos Aires. Despiertos estaban los seis policías que montaban guardia en una casa allanada en el barrio de Mataderos. Algunos tomaban café mientras esperaban que sus ropas se secaran junto a una estufa eléctrica, otros leían el diario del día anterior o jugaban a las cartas. Todos estaban aburridos porque el ruido de la lluvia parecía hacer más lentas las horas.

También estaban despiertos dos jóvenes que, con los ojos vendados y sometidos a la presión de la tela, no dejaron de escuchar todos los ruidos que producían los invasores de su casa. A diferencia de los policías, no se habían movido durante varias horas. Atados y amordazados, sufrían algunos calambres en las piernas y un intenso dolor en las muñecas, apretadas por las esposas de acero. De los dos, era la mujer la que estaba más serena, probablemente abandonada a su suerte. Ya no temía lo que pudieran hacerle cuando la trasladaran a los cuarteles policiales.

Despierto estaba el Inglesito, meditando sobre su propia condición de revolucionario y sobre el temor que le causaba la acción que protagonizaría al día siguiente. Pensaba también en Roberto y en el descubrimiento que acababa de realizar durante el curso de esa noche de insomnio.

Roberto, en cambio, dormía profundamente.

También estaban despiertos los habitantes ribereños, quienes trataban de poner a salvo aquellos objetos que consideraban más valiosos: un viejo televisor, los colchones, algunas sillas y mantas. El agua los alcanzaba a la altura de las rodillas y si la lluvia continuaba con esa intensidad muy probablemente aumentaría el nivel. Los bomberos de la seccional Chacarita tampoco dormían. Muchos de ellos se encontraban extrayendo agua de varias casas lindantes con la avenida Juan B. Justo, cuyo subterráneo canal Maldonado había hecho saltar las bocas callejeras que manaban chorros hacia el cielo con una fuerza desacostumbrada.

Unos pocos taxistas permanecían despiertos, circulando a pesar del tiempo por las calles cercanas a los *cabarets* de la zona del bajo. Esperaban que salieran las mujeres que a las cuatro de la madrugada terminan su servicio. Algunas se irían solas a sus hogares. Otras buscarían algún hotel para pasar el resto de la noche con sus amigos y unas pocas comerían puchero hasta las seis de la mañana, hora en que sus hombres las llevarían a casa.

Despiertos estaban los conductores de los pocos vehículos de transporte que a esas horas circulaban por la calle. Llevando a tres o cuatro pasajeros trasnochados, debían esforzarse para traspasar con sus ojos la cortina de agua que golpeaba los parabrisas.

Los locutores de *Una voz en el camino* también estaban despiertos, recitando tiras publicitarias, insistiendo con recomendaciones a los conductores y poniendo tangos

que pocas veces podían escucharse durante el día, más predispuesto a la música moderna y al *rock and roll*.

Despiertos estaban médicos y enfermeras en las guardias de los hospitales, atendiendo algunos partos apresurados, al conductor de un auto que había volcado en la avenida del Libertador y a ladrones nocturnos, sorprendidos y heridos de bala por la policía.

Despierta en la noche, como siempre, estaba la policía.

Era bastante la gente despierta en esas horas en Buenos Aires. Para algunos era una noche especial. El Inglés y la pareja maniatada vivían esos momentos como una parte importante, digamos decisiva, de sus vidas. Para los restantes, en cambio, era una noche más, como otra cualquiera. Valtierra, por ejemplo, no se conmovía por el desvelo, acostumbrado como estaba a presenciar amaneceres violentos. Los taxistas y los colectiveros no experimentaban sentimiento alguno, las guardias nocturnas eran frecuentes y las aceptaban como un horario regular de sus vidas. Los inundados tampoco estaban asombrados por estar despiertos, su memoria les devolvía muchas noches de río desbordado y aceitoso. Casi se podría decir que formaba parte de una antigua resignación de sufrimientos iniciados, quién sabe cuándo, en sus provincias de origen.

Toda esa gente dispersa, ignorante de las actividades de los demás, tenía algo en común. Vivía en la misma ciudad y soportaba la misma lluvia torrencial que no menguaba su furiosa intensidad.

## YO NO ME RETIRO

Marini llevaba un buen rato sin decir ni una sola palabra. Junto con sus dos compañeros de intemperie, se acercaba a la estufa eléctrica con la esperanza de secar sus pantalones. El saco y la camisa, tan empapados que goteaban agua en el suelo, colgaban en sillas de la cocina en un improvisado tendedero frente al horno y las hornallas prendidas. La voz del locutor de radio era la única que se escuchaba en el comedor, donde los seis hombres trataban de apaciguar el aburrimiento con revistas, cartas tiradas al azar y el café instantáneo que en algunos ya había provocado acidez estomacal.

Valtierra se levantó y abrió la puerta que daba al jardín del fondo. El frío le despejó el sueño que le ardía en los ojos y dejó que algunas gotas cayeran sobre su rostro. Pasó junto a Marini sin mirarlo y se dejó caer en el sofá. Faltan mujeres, se dijo, y se le ocurrió que sería importante crear una sección femenina en donde el personal fueran prostitutas contratadas por la repartición, mujeres que perdieron la vergüenza hace rato y que son capaces de satisfacer los deseos de un varón. Buscó un modelo en su memoria y lo encontró rápidamente: Rita, también Estela, esas dos que durante una noche lo aturdieron como nunca en el hotel de la calle Tres Sargentos. Desnudo, boca arriba, admirando en el espejo del techo su propio cuerpo, se había abandonado a las caricias de esas dos muchachas que bailaban desnudas y se besaban entre ellas. Las miraba a través del cristal, sin moverse, regalado y dispuesto a dejarse hacer. Si en noches como esta, cuando hay que montar guardia en casas ajenas, hubiera prostitutas, el tiempo pasaría más rápido. Imaginó la llegada de un transporte y el descenso de seis o siete mujeres que acompañarían al personal hasta que terminara el procedimiento. Al Estado no le costaría mucho dinero y no se crearían tensiones como las que a esas horas rondaban el cuarto.

Ya se les va a pasar, se dijo mientras observaba de reojo a los tres policías alrededor de la estufa y recordaba la noche en que decidió ir al hotel de Tres Sargentos para desquitarse de las ganas que le tenía a Dorita. La llevó a la Costanera a comer en el carrito de Boeto, un antiguo delincuente que jamás se habría atrevido a cobrarle. Tomaron mucho vino, acabaron con una parrillada completa y hasta comieron un postre cubierto de cremas, guindas y trozos de ananá como le gustaba a ella. Satisfechos, pero sobre todo calientes, detuvieron el coche frente al río y Dorita, totalmente desatada, lo besó con tantas ganas que él tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Con sus manos volvió a reconocerla toda, palmo a palmo, pero no quiso seguir y supo detenerse a tiempo a pesar de que ella se ofrecía inspirada por tanto vino y asado.

Para qué la voy a coger, necesitaba repetirse obcecado, si después la voy a abandonar, aunque a medida que avanzaba con las manos y subía por las piernas se

daba cuenta del esfuerzo que significaba respetarla cuando ella lo estaba esperando. Pero era una hembra que merecía otra cosa, otra vida mejor que la que podría darle un comisario. Para qué ilusionarla si en su interior él se estaba dando cuenta de que un día de estos la iba a dejar plantada porque la cosa se estaba poniendo muy seria y la palabra «amor» le rondaba en la cabeza. Cuando los dedos alcanzaron el triángulo de sus muslos su voluntad se impuso y obligó a su cabeza a imaginar la casa de casados, la cena de casados, la televisión por la noche, el nacimiento de sus hijos, el llanto de hambre del recién nacido.

Y se detuvo.

Sacó las manos y prendió el motor del auto para salir de allí y meterse en una confitería donde hubiera luces. Gente y muchas luces.

—¿Qué te pasa? —le había preguntado ella, todavía agitada y con el rostro encendido.

—¿Qué me pasa?, ¿por qué?

—¿No te gusto?

—Claro que me gustás, muñeca...

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—Digo... si nos queremos, si nos gustamos, ¿por qué me apartás a un lado?

—Yo no te quiero perjudicar, muñeca.

—¡No me digas muñeca! —La irritación enrojeció todavía más su cara.

—Está bien. Yo no te quiero perjudicar.

—Pero me dijiste que me querías... La semana pasada lo dijiste.

—Sí.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

Dorita calló porque una de las virtudes que tenía era la de no insistir cuando él no quería hablar. Para qué arrancarle las palabras a quien no tenía ganas de decirlas. Ya llegaría el momento, en alguna oportunidad se decidiría a hablar y lo haría. Para qué forzarlo si él prefería el silencio. Pero había algo que no encajaba en ese rompecabezas del comisario. Apenas unos minutos antes estaba enardecido y ahora bebía su copa con una expresión distante, alejada del mundo que lo rodeaba.

Valtierra terminó su *whisky* y la llevó a su casa. Viajaron callados, cada uno pensando en sus cosas, dejando pasar las luces del centro que los sábados por la noche se ponían más lindas. Se despidieron con un beso frío y el comisario esperó hasta que Dorita cerró la puerta de calle.

Luego regresó al centro, paró en la puerta del Internacional y eligió a Rita y a Estela porque tenían que ser dos las mujeres que esa noche le quitaran la calentura y le borrarán imágenes de niños corriendo por la casa.

Al día siguiente, un domingo de sol, fue a la casa de su madre sin Dorita y la vieja no se animó a preguntar qué pasaba. Su hijo tenía la cara ojerosa y no abrió la boca durante el almuerzo. Terminó de comer y en vez de dormir su siesta salió a la calle a dar una vuelta con el auto hasta encontrarse frente a los gigantescos muros de la cárcel de Villa Devoto. Entregó el arma a la guardia y lo llevaron hasta el pabellón del tercer piso. Tenía ganas de charlar, de hablar con varones, tenía ganas de tirarse en la cucheta y conversar de cualquier cosa, de viejos tiroteos, de amigos comunes, de tipos que murieron y de otros que prometían convertirse en grandes valores. Hablar y escuchar hablar de todo menos de mujeres, tema prohibido para hombres obligados a conformarse con las maricas de la planta baja.

Fumar, tomar muchos mates, contar cómo está la calle, qué linda que se puso Florida, hablar de los nuevos *cabarets* inaugurados en San Fernando, de la nueva mocosada que estaba entrando en la Federal y usaba pulseritas en las muñecas. Dejar que la tarde pasara sola y esperar con los amigos la llegada del rancho lleno de grasa y ese pan de miga pesada y maciza. En aquel domingo se acabaron varias pavas de agua montadas en calentadores de bronce brillantes de tanta limpieza.

—¿Cuándo se va a retirar, comisario?

—¿Y a vos qué te importa? —La respuesta fue brusca, casi disparada al rostro del recluso que detuvo el gesto de prender el cigarrillo y bajó los ojos.

—No quise ofender.

Valtierra lo observó, arrepentido, mientras el otro, ahora sí, prendía y aspiraba el humo del cigarrillo. La pregunta le había molestado porque inmediatamente la asoció con la imagen que lo había martirizado el día anterior: su cuerpo descansando en el sofá, la Dorita bañando a los nenes, el ruido de una licuadora en la cocina. Si querían verlo retirado, padre de familia, tomando sol en la plaza mientras los chicos les dan de comer a las palomas, se iban a joder.

—Yo no me retiro, hermano.

—Hace bien.

—No, no hago bien. Pero no me retiro.

El recluso cebó otro mate, se lo alcanzó al policía y durante un rato permaneció callado. Luego, mientras lustraba contra el pantalón la uña larga del meñique, dijo al pasar:

—A usted le gusta la calle. Pero cuídese, nunca le dé la espalda a ningún gil.

—La calle no es la que conociste. —Valtierra se aflojó la corbata y se recostó en el camastro.

—Ya lo sé. Muy pronto no se podrá hacer nada en la calle. —Un hilito de agua cayó certero sobre un palito verde que asomaba junto a la bombilla.

—Creo que andan con ganas de trasladarme.

El recluso miró al suelo, levantó una basurita y la arrojó en una bolsa de papel.

—¿Adónde?

—A la sección política.

—Con todo respeto, me parece que se jodió.

—Qué te parece...

—Diga que no. Usted tiene fuerza. Lo respetan.

—Sí. Pero quién sabe. Necesitan gente. Todo se está poniendo feo.

Valtierra se acercó a la ventana y con mucho cuidado corrió la cortina. La calle se veía oscura y solo brillaban algunos charcos de agua que crepitaban con la lluvia. Se está poniendo feo, pensó. Si hubiera sabido aquel ladrón que la calle iba a estar tan pesada se habría ido del país. Pocos meses después de su salida, mientras fichaba un banco al que le tenía ganas, los muchachos de Robos y Hurtos lo mataron a balazos.

Se había puesto feo para todos y para él también, ahora metido hasta el cuello en esta porquería con chicos que se meaban en la cama y querían mojar a todo el mundo. Judíos y rojos estaban echando todo a perder y ni siquiera se atrevían a hacerlo con la cara descubierta.

Pero órdenes eran órdenes y no iba a echar por la borda toda su carrera policial. Pocos días después de la calentura en la Costanera, pasó a buscar a Dorita y juntos fueron a sentarse en un bar. En el bolsillo de su saco tenía el oficio en el que le comunicaban su pase a Contrainsurgencia y una orden para viajar al exterior.

—Me voy, nena...

—¿Adónde?

—De viaje... voy de comisión.

—¿Y vas a tardar mucho?

Le tomó la mano, la miró a los ojos y durante un largo rato no dijo nada.

—Escuchame bien lo que te voy a decir. Y no me interrumpas. Me voy. Me voy por mucho tiempo. Y cuando vuelva no me vas a ver más. ¿Y sabés por qué? Porque yo no soy un tipo para vos. Te hice perder tiempo. Pero no fue a propósito. Fue sin querer. Disculpame, y olvidate de mí, chau, no existo más. Me morí. Buscate un tipo que te haga feliz, y a otra cosa.

Dorita lloraba cuando Valtierra se puso de pie. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente. Salió a la calle, suspiró bien hondo y mientras cruzaba la plaza se prometió que nunca más se metería con una mujer de verdad. Yo no me voy a retirar.

Ahora amanece. Son las siete de la mañana y el día se muestra con un color de plomo que no promete nada bueno. Son pocos los transeúntes que pasan inclinados por su lucha contra el viento y la lluvia frente a la ventana empañada en donde el comisario monta guardia. Está tomando otro café y piensa que si este asunto se demora va a

defraudar a su vieja con el desayuno. Una ausencia sin aviso la intranquilizará. Seguramente ya tiene listo el café con leche, las tostadas y el dulce. Puede que haya preparado una sorpresa y esté esperando impaciente su llegada.

Toma entonces el radiotransmisor y se comunica con uno de los equipos que espera a pocas cuadras de distancia.

—Cóndor a tres... Conteste...

—Tres a Cóndor... Sí, señor...

—¿Quién habla?

—Oficial Vargas a sus órdenes, señor.

—Sí, Vargas, hágame un favor. Busque un teléfono público y llame a mi vieja. Dígale que estoy demorado en una reunión muy importante con el jefe de policía y que no puedo salir. Dígale que no se preocupe, que apenas me desocupe la llamo. Anote el número.

Ahora se siente más tranquilo y prende un cigarrillo mientras retorna a su puesto junto a la ventana. Cuando era chico la madre le decía que si se demoraba en la calle, cualquiera que fuese el motivo, debía llamar por teléfono y comunicarse con ella. Un muchachito debe pensar en su madre, decía, porque yo me pongo muy inquieta y eso me hace mal al corazón.

Era ya casi un hombre y no se avergonzaba por llamar a su casa para avisar de que iría a un baile y llegaría después de las doce. Escuchaba entonces esa voz que invariablemente le repetía que se cuidara, que no bebiera cosas frías, que se abstuviera del alcohol, que no peleara con nadie en la calle. Valtierra sonreía pacientemente y se felicitaba por haber telefoneado.

—¡Alguien llega! —gritó Marini desde la ventana del dormitorio.

El comisario espía a través de las cortinas. Una camioneta se había detenido en la puerta y el chofer descendía mientras un acompañante permanecía en la cabina. Era un hombre de treinta años, medio calvo, que llevaba puesto un gabán azul marino. Traía las manos en los bolsillos.

Tocó dos timbres cortos y uno largo. Los policías se apostaron detrás de las ventanas y el comisario abrió la puerta con la pistola en la mano.

El hombre no hizo ningún gesto pero el rostro empalideció hasta convertirse en un papel. Miró a Valtierra, bajó la vista hacia el arma y nuevamente enfrentó con sus ojos la mirada del policía. Luego dio dos pasos hacia atrás y disparó con su arma desde el bolsillo.

La bala estalló contra el marco de la puerta y el comisario sintió que algunas astillas de madera le rozaban la pierna derecha. Tiró a su vez apuntando a la espalda del desconocido que corría ahora hacia la camioneta. El estruendo de la ametralladora de Marini, que descargaba sus proyectiles desde la ventana, fue ensordecedor. Las

cápsulas saltaron desordenadas y calientes, huyendo de la recámara donde gases y movimientos mecánicos se complementaban para producir golpes secos. Uno de los casquillos alcanzó a una pequeña estatua de porcelana que lucía sobre una repisa y la fracturó. El pastor quedó separado de su perrito de lengua roja, y la nena, quizá una caperucita, perdió el brazo izquierdo para dejar, en cambio, un oscuro hueco.

El sujeto no llegó al vehículo. Ni siquiera alcanzó a tambalearse. Se desplomó boca abajo sobre la vereda.

El otro ocupante bajó para cubrirse detrás de la camioneta. Desde allí hizo dos disparos hacia la casa y corrió hasta la vereda de enfrente. Se detuvo un instante, indeciso, y con la mano empujó hacia atrás los pelos empapados que le caían sobre la frente. Luego se lanzó a correr hacia la esquina mientras los muchachos de Valtierra abrían fuego con todas sus armas. Algunos vidrios se rompieron, se escuchó el grito de una señora que llamaba a sus hijos, varios perros ladraron y se oyó la voz de un hombre que repetía estúpidamente ¿qué pasa?, ¿qué pasa?, pero ¿qué pasa?

El fugitivo logró dar vuelta en la esquina pero su intento resultó inútil: el equipo tres llegaba en ese momento y el ulular de la sirena estremeció la calle. Desde el automóvil partieron ráfagas que primero lo hicieron caer de rodillas y luego lo aplastaron sobre las baldosas mojadas.

Valtierra se puso el saco y salió a la calle. Observó los cuerpos, dio algunas instrucciones a su personal y luego pidió prestado el teléfono a un vecino.

—Hola, mamá. Llego tarde, pero caliente las tostadas que en media hora estoy allí.

## PARTISANO

—Un café, por favor.

El mozo ni le miró. Con una servilleta manchada que colgaba de su brazo, dirigió sus pies hacia el mostrador, renqueando apenas por los veteranos callos plantales fortalecidos por tantos años de profesión.

—¡Un *express*!

De buena gana habría pedido una medialuna o un alfajor de dulce de leche. La sensación de malestar se mantenía y de vez en cuando se acrecentaba con pequeñas puntadas que reclamaban ansiosas una nueva visita al baño. Ya había ido tres veces. Sentado en el inodoro, creyó que era la última y que a partir de ese momento estaría libre de los asedios corporales. Pero las puntadas le desmentían una vez más.

El reloj en la pared marcaba las siete de la mañana en ese sucio grill junto a la estación Barrancas de Belgrano del Ferrocarril Mitre. Las tazas humeantes eran invadidas por las medialunas que se empapaban en café con leche y se dirigían mecánicamente a bocas con sabor a dentífrico matutino. El Inglesito observó que las mesas vinílicas amarillas y verdes disputaban el primer puesto en la lista del mal gusto con las paredes de azulejos rosas, producto de la combinación de colores de algún gallego admirador de películas norteamericanas. Una diminuta cucaracha colorada se atrevió a recorrer el espacio entre el mostrador y las cajas con botellas, ignorando que su vida peligraría si llegaba a encontrarse con ese hombre de cejas asturianas que llevaba la bandeja.

Solo había hombres en el bar y todos desayunaban rápidamente, sin despegar los ojos del reloj que pronto anunciaría la llegada del tren que los conduciría hacia sus oficinas. El olor a grasa comenzaba a impregnar otra vez el local, luego del breve intervalo nocturno.

El Inglesito se sentía incómodo en la silla. El cañón de la pistola Colt 45 le presionaba la ingle. Al entrar eligió una mesa alejada para evitar miradas sobre ese bulto en la cintura que, estaba seguro, se advertía a simple vista. Antes de salir de su casa había ensayado frente al espejo hasta convencerse de que era imposible que alguien adivinara la presencia del arma. Pero en la calle nuevamente lo asaltó la duda. El pliego que formaba el saco a la altura de su estómago lo delataba. Estaba convencido de que lo delataba.

Durante el trayecto en el colectivo estudió las miradas de cada persona y nadie le prestó atención. Observó la actitud del mozo cuando le trajo el café y sintió su indiferencia. Quizá pasara desapercibido. Probablemente había logrado confundirse entre los miles que apuran el paso para llegar a la hora a una oficina o fábrica que los someterá durante ocho horas.

Se movió en su silla y apenas probó el café. Estaba asustado. A través de la

ventana vio pasar, fugazmente, la sombra de un rostro conocido. Por fin llegaba Roberto. Tal vez con su presencia todo fuera diferente. Era la señal y se levantó, caminó hacia la puerta y mientras lo hacía tuvo la extraña sensación de que su cuerpo obedecía a otra voluntad. Cada paso que daba era producto de un impulso externo, ajeno a su propia decisión.

—¿Cómo estás?

—Bien —mintió.

—Berta estará apostada dentro de quince minutos. Tenemos que apurarnos.

Las palabras de Roberto le produjeron un escalofrío que recorrió todos sus huesos. Ahora las cosas empezaban de verdad. Todo el mecanismo se había puesto en marcha y ese oculto deseo de que algo imprevisto obligara a la suspensión de la operación le avergonzó. Habría necesitado una semana más, unos pocos días más que le proveyeran del suficiente valor. No tuvo tiempo de prepararse anímicamente y ahora se encontraba metido en algo que superaba su capacidad para dominarse. La rueda de la historia ya no se detendría y cada pequeño acontecimiento, cada gesto, lo arrastraba hacia el acto final.

Se cubrieron de la lluvia bajo el toldo de un comercio y allí esperaron un taxi. «Tiene que ser un modelo nuevo, de buen aspecto, que sea veloz para el caso de una emergencia», le habían dicho. Le dejaron esa responsabilidad sin tener en cuenta si estaba en condiciones de cumplirla. El éxito o el fracaso de toda la acción también dependían de su capacidad para elegir un taxi.

—Ese que viene parece un buen coche —sugirió Roberto.

—¿Sí? No sé... —Titubear y elevar el brazo para detener el taxi fue un solo gesto.

Subieron y dijo la dirección que mil veces había repetido en su memoria. Debía aparentar seguridad y no estaba muy convencido de poder hacerlo. Luego observó al chofer y se preguntó si llegado el momento se resistiría. La presencia de Roberto lo tranquilizaba porque sabía que él podría asumir la responsabilidad en caso de una falla propia, pero también le incomodaba porque era evidente que lo estaban probando.

Por la ventanilla observó a la gente. Vio las piernas descubiertas de una muchacha pero esa imagen que en otra ocasión le hubiera agradado no logró arrancarlo de esa sensación inestable. ¿Cómo era posible que todos ellos, hombres y mujeres de rostros indiferentes, circularan ajenos a lo que iba a ocurrir, despreocupados del acto que estaba a punto de cometerse y que leerían en los diarios de la tarde? El Inglesito se sintió dueño de un secreto y tuvo el oculto deseo de comunicarlo en voz alta.

Dentro de pocos minutos va a morir un hombre y yo soy uno de los que va a participar en esa muerte. Sintió deseos de pedir a todos que lo acompañaran, que fueran testigos de esa acción. Tuvo ganas de decirles que si algo salía mal era

probable que también él muriera. Y en ese caso podrían afirmar, al día siguiente, que conocieron a uno de los protagonistas, un joven de buen aspecto que detestaba encontrarse en esa situación, pero que era fiel a sus convicciones.

Faltaban solo dos cuadras y el nudo en el estómago se agudizó. El corazón comenzó a tronar y un dolor de cansancio, entumecimiento, le atacó en los muslos.

—¿Paramos en la esquina? —preguntó el chofer.

Miró rápidamente a Roberto y luego observó la esquina en la que ya casi se detenía el vehículo. Sí, allí estaban. Una pareja de enamorados que conversaba y sonreía bajo un paraguas junto a la parada del ómnibus. Eran ellos y todo se cumplía como se había preparado minuciosamente.

—Sí, en la esquina —dijo mientras buscaba con su mano la pistola apretada en la cintura.

(Listo, ya empieza. Ahora sí. Su cabeza funcionaba aceleradamente y las sienes latían sin cesar).

El chofer le observó en silencio y luego bajó la mirada hacia el arma. Nuevamente lo miró a los ojos mientras realizaba un esfuerzo para acomodar su mente a lo que estaba ocurriendo. No le pagarían el viaje, y en cambio le apuntaban con un arma negra, gigante como un cañón.

—No tenga miedo, no le haremos daño, solo necesitamos su automóvil por unas horas. Luego se lo devolveremos intacto. No se resista y nada le ocurrirá. Además le pagaremos la molestia —recitó el Inglesito mientras buscaba, con la mano izquierda, el dinero que ya había separado con cuidado.

La pareja se acercó al coche y mientras Berta subía y se sentaba en el asiento delantero, su compañero ayudaba a bajar al taxista y se ubicaba frente al volante.

El automóvil arrancó velozmente y Berta observó al chofer que se empequeñecía en la distancia, sin moverse, con una mano cerrada aferrando el dinero mientras su coche se perdía en la ciudad.

—Creo que no entendió nada —dijo sonriente.

Se ríe, pensó, todavía se ríe. ¿Tendrá miedo y lo ocultará detrás de esos lindos dientes o se sentirá tan tranquila como si fuera al cine, a pasear con amigos, a comer en un restaurante? La observó detenidamente. La peluca y el maquillaje cambiaban un poco su rostro pero aun así era linda. Le miró la nuca y trató de tranquilizarse recordando que esa mujer tenía experiencia en situaciones parecidas. Había estado en combates y conocía el ruido que producen las detonaciones de los disparos, sus oídos habían escuchado voces de mando, gritos, como en la guerra. Si ahora sonreía debía de ser por su experiencia. Quizá algún día podría ser como ella.

Cruzaron de un barrio a otro a través de calles poco transitadas.

—En dos minutos llegamos —dijo Berta—. Preparen las armas y estén atentos porque esta zona es peligrosa.

Hablaba con tanta naturalidad, demostraba tanta confianza que el Inglesito supuso que debía de estar fingiendo. No era posible dejar de sentir miedo, quizá desazón. Pero algo debía experimentar esta muchacha que hablaba de las zonas peligrosas como si se tratara de un paisaje ciudadano. Es probable que lo haga por mí, pensó, quiere infundirme confianza, demostrar que no nos ocurrirá nada malo, que estoy entre gente que me ayudará en caso de que fallen los planes.

Trató de tomar distancia de la situación y se miró, desde fuera, como un militante que se dirige al combate. En los ciclos de cine francés había visto al guerrillero a punto de ejecutar al jerarca nazi que transportaba importantes documentos que decidirían la suerte de la guerra. Todo el pueblo de Varsovia estaba pendiente de la acción y en la central de Londres los jefes partisanos, pegados a los radiotransmisores, aguardaban impacientes la noticia. Esos documentos serían emitidos esa misma noche a través de clandestinos aparatos de radio. La ciudad estaba ocupada y los invasores serían expulsados por el pueblo en armas que solo esperaba la orden de ese ejército irregular.

La emoción producida por aquellas películas europeas se transformaba ahora en miedo. Miró hacia la calle y trató de encontrar al ejército alemán, pero solo vio hombres vestidos con trajes grises y mujeres con minifaldas que no le sugerían nada. El mundo era ajeno e indiferente a sus emociones.

—Allí está el estacionamiento. Detengámonos enfrente. Ya debe de estar por salir de la casa de mamita —ironizó Berta.

Roberto, a su lado, abrió el bolso que tenía entre sus piernas y con movimientos seguros terminó de preparar la pequeña ametralladora que lucía brillante.

—El auto no está —dijo el chofer.

Los cuatro levantaron la mirada, sorprendidos. El vehículo del comisario Valtierra no estaba estacionado donde debía estar, tal como lo habían visto durante los relevamientos. Pasaron varios segundos en los que nadie habló. La lluvia caía inclinada y los vidrios comenzaron a empañarse.

—¿Suspendemos? —preguntó Roberto, y una sensación de alivio apareció en el estómago del Inglesito.

Berta estaba seria, contrariada.

—No, esperemos un rato.

—No es un buen lugar, este. Pasan muchos patrulleros —terció el chofer.

—Ya lo sé. —La respuesta fue seca y nadie volvió a hablar.

## CIUDAD INERME

Subía el frío. Estaba creciendo el frío. Algunos habitantes optaban por el sobretodo aunque la lluvia torrencial habría requerido impermeables gruesos, botas de goma y sombreros de plástico. Pero ¿quién podía vestirse así en una ciudad que presumía de elegante, de ropa a la usanza de la moda y ademanes cultivados? El frío tenía libertad para solazarse y penetrar géneros con gente atractiva pero indefensa a su rigor. Los pies, que reclamaban abrigo, se lucían en mocasines de buena hechura pero demasiado delgados para impedir el contagio de baldosas heladas. Las piernas aparecían espléndidas pero amoratadas por un viento que no perdonaban medias de Dior ni pantalones de raya perfecta.

Era esta una ciudad no preparada para el frío, inerme cuando este se desataba para entrar desde el sur brincando en cada esquina, golpeando rostros, enrojeciendo las manos descubiertas. En estos días, precisamente para hostilizar a la elegancia, el frío traía una carga de lluvia que confundía paraguas con sobretodos, faldas de franela con pilotos de nailon, sombreros sacados de viejos roperos con modernos trajes. No eran elegantes estos días y la sensación de incomodidad atravesaba malhumores de humedad, pelos lacios que se rebelaban para transformarse en rulos, narices irritadas que dolían a fuerza de gotear aguas internas. El clima acarreaba el hastío de una ciudad que quería dejar atrás el invierno y abrir los ojos a la primavera. El gris de los edificios con sus paredes empapadas se había adueñado de mentes y pensamientos, de aires y gestos que se preguntaban: ¿hasta cuándo sobreviviremos a este invierno mojado?

El consuelo para estas brumas es que Buenos Aires se parecía a París en invierno, ciudad que pocos habían visitado pero que de alguna manera pertenecía a los porteños, encajada en la memoria por culturas europeas y sabias, estéticas y de finos modales. Entonces el frío era un poco más soportable porque evocaba a la vieja Europa, siempre admirada en estas tierras.

Era esta la ciudad que se había introducido, con todas sus trampas y codiciados secretos, en los ojos de Valtierra. ¿Quién la estaba arruinando?, se preguntó. ¿Sería él, acaso, el que perdía el tranvía de la historia por resistir melancólico y sin sosiego al entierro de barrios y tradiciones? ¿Cómo dar marcha atrás, se dijo Valtierra, cuando está ocurriendo algo incomprensible que nadie parece dispuesto a detener?

Eso se dijo, aunque confusamente porque eran más las sensaciones inaprensibles que las certezas, mientras avanzaba en su auto, lentamente, mirando las gotas que desaparecían barridas por el movimiento de los limpiaparabrisas. Hoy llegaba tarde a casa de la vieja. El desayuno le esperaba para borrar ese gusto gomoso que el café barato y los numerosos cigarrillos fumados sin descanso habían dejado en su boca. Con los ojos enrojecidos por la vigilia, manejaba casi distendido sobre el asiento. Se

sentía cansado pero se preguntaba si esas ganas de mandar todo al carajo no serían un rezongo de viejo maricón que está poniendo un pie del otro lado. Un pie en el retiro. No es eso lo que me pasa, se rebeló el comisario, seguro de estar en forma, pero fastidiado por un mundo que no le gustaba.

¿Quiénes están arruinando este lugar?, se dijo mientras detenía el automóvil frente a un semáforo en rojo, y trataba de ordenar pensamientos contradictorios que lo trasladaban a un Buenos Aires probablemente perdido para siempre, pero que también lo enfrentaban con un campo de batalla en el que ya no reconocía calles ni edificios que hasta ayer habían sido propios. Quizá ahora seamos otros, a lo mejor somos otros y todavía no nos hemos dado cuenta.

Aceleró con la señal verde y prendió la radio policial que en ese momento solicitaba la captura de un taxi, «carolina, cuatro, seis, cuatro, carolina, con cuatro ocupantes con armas, repito, ocupantes con armas», y se sintió tan hastiado, tan podrido de este mundo al que no pertenecía que tuvo ganas de volver con los muchachos de Robos y Hurtos, meter preso a algún borracho indecente o tirotearse con una verdadera banda de asaltantes de bancos, tuvo ganas de regresar a épocas en que todo estaba claro, los malos eran malos y las cosas estaban en su lugar.

Entonces cayó en la cuenta de que estaba mucho más cansado de lo que había supuesto. Cansado de estos insolentes modernos, aburrido de preguntarles siempre lo mismo, fastidiado por estar metido en algo que en realidad le importaba muy poco. Un día de estos me tomo el buque, se dijo. Me tomo el buque y que se arreglen entre ellos, repitió, sabiendo que ya era demasiado tarde y que se había jugado entero en un negocio en el que no pagaría ni los gastos. Se sentía como el infeliz que está disputando algo que ni siquiera le importa pero que pone en ello todo el empeño del alcahuete.

La imagen le desagradó; ortiva de superiores, soldadito de causas desconocidas que hace buena letra sin saber por qué.

Desechó la idea rápidamente porque si existía algún pensamiento que no podía permitirse era el de la duda. Alguien lo tiene que hacer. Y cuanto más rápido lo hagamos mucho mejor porque entonces es probable que todo vuelva a ser como antes.

Y a otra cosa.

Pasó frente a la casa de la vieja y aminoró la velocidad para ingresar en el estacionamiento de la esquina. Se introdujo entre los coches inmóviles que permanecían en largas hileras y buscó un espacio para acomodar el suyo. Quizá por un presentimiento inconsciente, por un malestar no confesado, ese día habría preferido seguir de largo y en vez de desayunar con la vieja rumbear para su casa, prender el televisor y dejarse estar en la cama dormitando con alguna serie.

## AHÍ ESTÁ

—¡Ahí está! —gritó Berta—. Vamos, todos preparados.

El taxi se puso en movimiento y desde la otra esquina fue avanzando lentamente. Giró hacia la izquierda y atravesó la avenida para introducirse en el estacionamiento. La maniobra fue serena y el coche ingresó con calma y en silencio. En el asiento trasero, el Inglesito miró a Roberto y observó cómo acomodaba el arma y ponía el dedo en el gatillo.

—Yo estoy listo —dijo.

El Inglesito colocó su pistola entre las piernas y quitó el seguro. La boca estaba más reseca que antes y habría jurado que en caso de necesitar hablar ninguna palabra habría salido de su garganta. Rogó para que ni Berta ni Roberto le preguntaran nada. La garganta se apretó aún más y las manos se empaparon. La escena se desdibujó en sus ojos, y la gente que caminaba por la calle, Berta, Roberto, él mismo, todo se volvió irreal, tan ajeno que parecía imaginario.

Recorrieron el trayecto y aparecieron por detrás del comisario, que en ese momento cerraba con llave la puerta de su auto.

Probablemente fue el instinto de conservación el que le hizo mirar hacia atrás, volver la cabeza en el preciso segundo en que giraba la llave. En ese instante entraba un taxi a la playa y alcanzó a ver a una mujer ubicada en el asiento delantero. Eso le produjo un segundo de inquietud. Pero mucho más lo inquietó el chofer del automóvil, que llevaba el saco puesto y no tenía cara de chofer. Comenzó a girar el cuerpo para enfrentar al coche que se acercaba hacia él.

Seguramente porque estaba cansado luego de toda la noche en vela, quizá porque a su edad los reflejos se vuelven más perezosos, pero la certeza de que iban a matarlo recién lo asaltó en el momento en que una figura casi tan grande como él sacaba medio cuerpo afuera por la ventanilla trasera y elevaba una pequeña ametralladora a la altura de su pecho.

Debía de ser un experto ese tipo porque en el momento en que lo descubrió ya partía una primera descarga de proyectiles, probablemente cinco o seis. Dos atravesaron el vidrio, a pocos centímetros del brazo, uno entró en la parte inferior del pecho y fracturó dos costillas, otro penetró en el estómago y provocó un dolor agudo, aunque no insoportable.

Se sintió herido y todo su cuerpo se puso en tensión. Saltó hacia un costado con la intención de protegerse detrás de su automóvil. Su mano buscó la pistola y cuando la extrajo sus oídos ya escuchaban una nueva ráfaga y en su cuerpo sentía otros pequeños golpes en el estómago y en la pierna izquierda.

Comenzó a caer mientras oía sus propios disparos, dirigidos contra ese grandote que no paraba de tirarle y que ofrecía, curiosamente, un blanco fácil. Desde el suelo

volvió a tirar a bulto y se dio cuenta de que había acertado en la cara de ese infeliz que dejaba caer la ametralladora y quedaba colgando con medio cuerpo sobre la puerta. El coche pasó junto a Valtierra y dobló para salir hacia la calle.

—¡Pará, que está vivo! —gritó Berta.

El chofer no la escuchó y aceleró hacia la avenida.

—¡Pará! Te ordeno que pares. ¡Hay que dar la vuelta y pasar otra vez a su lado! ¿Me escuchaste? —Berta gritaba fuera de sí mientras el Inglesito trataba de introducir el cuerpo de Roberto que colgaba por fuera del auto.

El coche hizo un círculo, cruzó nuevamente la avenida y se introdujo en el estacionamiento mientras empleados y transeúntes corrían y se cruzaban por delante buscando refugio. Valtierra estaba incorporándose y había logrado sentarse en el suelo, apoyando la espalda contra el guardabarros, cuando vio aparecer otra vez el taxi y levantó su pistola. Disparó contra el parabrisas los cuatro últimos proyectiles y observó que el cristal se astillaba y el coche fuera de control se estrellaba contra un automóvil estacionado. Trató de moverse y con la mano izquierda buscó en el bolsillo otro cargador, pero debía de tener una bala que le inutilizaba el brazo porque los dedos estaban entumecidos y no le respondieron.

En el taxi, súbitamente detenido, no se produjo ningún movimiento. Durante varios segundos hubo un silencio tan profundo que Valtierra imaginó que todos en el barrio habían muerto. Pensó en la vieja y rogó para que no saliera a la calle.

La puerta sobre la que colgaba el cuerpo de Roberto se abrió despacio y este se desplomó sobre un charco. La delgada figura del Inglesito apareció tambaleante. No estaba herido, de su brazo derecho colgaba la pistola y también pareció sorprenderse por el silencio. Miró al comisario sentado y luego hacia el interior del taxi. Berta ya no gritaba y él se sentía sofocado, aturdido por el peso de ese enmudecimiento repentino que había detenido al universo.

Movió el pie derecho hacia adelante y luego avanzó el izquierdo, repitió el gesto con cuidado y comenzó a caminar como si temiera caerse. Se afirmaba sobre el suelo con cada paso y pisaba los charcos con la inseguridad de hundirse en ellos para siempre. El agua de la lluvia ensortijaba su cabello y le mojaba la frente.

Llegó hasta Valtierra y levantó el brazo con el arma, que ahora pesaba mucho más. Con el pulgar montó el percutor. El comisario alzó el rostro y lo miró. Alguien gritaba a lo lejos.

—Usted es un torturador —dijo, por decir algo.

—Y vos un mocoso de mierda.

Arriba, en el cielo, presagiando más fríos, las nubes se enredaban oscuras como pocas veces se había visto. El invierno amenazaba con no terminar jamás.